
CIENCIA FICCIÓN
PUDO HABER SIDO ASÍ
peter kapra

PETER KAPRA

Pudo haber sido así

E d i c i o n e s T O R A Y

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 20.905 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Los cálculos astronómicos se resolvían por teleradio; eran simples ecuaciones de tiempo-distancia y no intervenían las fórmulas multidimensionales, pero se requería un cuidado casi electromental. Tales cálculos no eran efectuados por el «Ser» —palabra que subsistía desde los viejos ciclos históricos, cuyo significado era todavía «ente», «homo», «individuo», etcétera.

Pero este «ser» aislado de los demás era un astrónomo o un contemplador de ciclos sidéreos. Su cerebro seguía registrando ecuaciones de factores compuestos, cuyos resultados le devolvían resueltos de una remota oficina de cálculos. Un problema reciente era: «3 «alfa» de Vega, en diez millones «parsecs» de ascensión recta, según decadente constelación Iris, referido a Sagitario en tres nuevos grados de arco formando cadena de «novae» sucesivas: Herschell, Schiaparelli y Lovvell en expansión simultánea a 10.000° Fahrenheit. Fórmula BX-14-H, día 1537, año Austral.

El «ser» los examinaba quedando grabados en su fecunda memoria y ninguno de aquellos datos podría borrársele, ¡era un privilegiado!

Todo tenía su clave. Un archivo de alambre ferro-fluórico introducía en sus átomos vibraciones infinitesimales modificadores del orden de «uno elevado a menos un millón angströms» —¡partícula infinitamente pequeña!— de una sensibilidad micrométrica asombrosa. El «ser» conocía su eficacia y los conservaba devanados alrededor de un cilindro acústico y su contacto a una frecuencia eléctrica muy baja los accionaba en caso de fallo de la memoria. Pero esto no había sucedido nunca.

Sin embargo, todo no era ciencia. A determinada hora aquel «ser» se convertía en «homo»; en otra palabra, volvía ser hombre. Al tiempo que esto ocurría, otro «ser» de sus mismas características ocupaba su puesto. Era un relevo de siete días exactamente, pero siete días del viejo sistema solar, veinticuatro horas, sesenta minutos, ídem segundos.

No eran necesarias contraseñas o indicaciones especiales. Un «ser» entraba y otro salía sin hablarse; además que no había necesidad de esto, los dos «seres» eran hostiles o rivales, si esto hubiera sido posible.

En aquel momento, terminaba una misión y empezaba otra: el «ser» que salía del laboratorio —observatorio había desaparecido del lenguaje hacía muchos años, porque el astrónomo carecía de la necesidad de observar y sólo analizaba y trabajaba— se convertía en hombre. Y como tenía familia: mujer e hijos varones, a quienes amaba, iba a reunirse con ellos.

Y dato curioso, Evermann, como se llamaba el «ser», debía dejar su ciencia antes de salir a las arterias de la urbe. «Vaciarse» o «lavar el cerebro», cuyo origen entre los seres analíticos era tan viejo como el mundo, pero su aplicación técnica y legal era relativamente reciente.

Este proceso de vacío consistía en lo siguiente: un científico desempeñando un cargo oficial en la Organización del Dominio Universal, como en este caso Evermann, del Laboratorio Astrofísico de Idoa (1[1]) al ser relevado de su trabajo no podía ir a casa sabiendo ninguna ciencia: el vaciado era meticuloso y complicado…

* * *

Evermann se detuvo ante la maciza puerta de acero irídico. Ningún desintegrador podía destruir aquel sólido obstáculo cuya composición incluía una aleación antiionizadora. El astrónomo conocía esta fórmula, pero sus propios registros de control le impedían repetirla, a causa de interferencias telepsíquicas remotas.

Detrás de la puerta, un sistema de conductos llevaban al encefalóscopo, la célebre «silla blanca» y el «secador», todo dentro de una hermética cabina. Evermann pensaba ahora en sus hijos Kra y Frere, con los que se reuniría dentro de una hora.

Silenciosa, movida por sus goznes flexores, la rígida puerta empezó a abrirse. Un hombre vestido de blanco de pies a cabeza saludó al doctor Evermann llevándose la mano al hombro. Su sonrisa era franca.

—¿Qué tal, Evermann? —saludó.

—«Ausgezeichnet» (perfectamente) —respondió el astrónomo utilizando el antiguo lenguaje científico alemán, al entrar en la amplia sala vacía.

La calificación de vacía podía extenderse a completa de no ser por una especie de silla metálica que había a un lado, pues dentro de la sala no existía ningún otro mueble, aparato, resorte u objeto.

El hombre sonriente del uniforme blanco accionó un manipulador de muñeca, como quien da cuerda a un reloj cronógrafo, pulsó una pequeña segundera y acto seguido se cerró la puerta, después de pasar Evermann.

—¡Ponte en el centro, por favor! —suplicó el hombre.

—¡Ah, sí; perdóname, Walter! —sonrió Evermann, como excusándose.

Se situó en el centro de la estancia vacía, adoptando una posición casi rígida. Al momento la luz catódica verde claro que no parecía surgir de lugar alguno palideció al ser absorbida por la potente luz negra. Y acto seguido, de la invisible fisura circular del suelo empezó a ascender, alrededor del doctor Evermann, un tubo de acero transparente. Del techo descendió otro igual, que se unió exactamente con el de abajo y el astrónomo quedó encerrado dentro, de un modo hermético.

Algo funcionó súbitamente y, cuando la luz verdosa empezó a iluminar la sala, se vio que el doctor Evermann había desaparecido. En su lugar podía verse durante irnos instantes como los dos cilindros huecos de cristal acerado —acero transparente, o conocido por su fórmula química, «glass» carbono-férrico número 5— se separaban de nuevo, volviendo a las fisuras de su techo y suelo respectivamente.

El hombre llamado Walter estaba ahora sentado en su silla, con una placa en la mano presenciando una retransmisión cómica, donde las evoluciones divertidas de dos artistas de Brasilia, patrocinados por una vasta empresa comercial, le atraían. Por cierto que Walter estaba disgustado porque su placa visora no funcionaba bien. Le había caído del bolsillo y reventaron algunos flóculos, de modo que la visión no era completamente clara. A veces, cuando por las tardes cantaba Gala-Vera, cuyo rostro y voz apasionaba a unos mil millones de seres, no podía ver bien sus ojos y esto le contrariaba…

Pero ¿qué había sucedido con el doctor Evermann? Simplemente, había tomado el ascensor.

El comunicador de vacío le llevó al pasillo, al final del cual estaba

Margri y el encefalóscopo. Antes de abrirse el ascensor que le condujo a mil metros de profundidad, al «archivo», fue cuidadosamente identificado por dos funcionarios automáticos. Con ellos no podía Evermann dialogar, porque no le entendían, pero eran enojosamente meticulosos, escudriñándole por medio de un ciclotrón rojo de imágenes.

Aquel día el doctor estaba alegre; pensaba en sus hijos, a los que amaba y quiso burlarse un poco de «Emilio», uno de los dos funcionarios robots. Sólo tenía que pronunciar un número cualquiera varias veces seguidas y el ciclotrón parpadearía… ¡Tenía sensibilidad casi humanoide el bueno y celoso «Emilio»!

«¡Treinta y nueve… treinta y nueve… treinta y nueve…!», repitió mentalmente Evermann. «Emilio» no era un cerebro matemático y no podía captar las impresiones sin modular.

El ciclotrón osciló repetidas veces y el otro guardián se colocó al lado de su compañero. Al mismo tiempo el ascensor que ya empezaba a abrirse, se cerró automáticamente. Un zumbido avisó a Evermann al mismo tiempo de que la broma era ilegal con los funcionarios de identificación.

—¡Treinta y nueve años tiene Kra y Frere sólo veinticinco! —agregó Evermann riendo, esta vez en voz alta—: ¡Vamos, «Emilio», no te enfades!

Los robots «zeta» no hablaban, pero Evermann, como en una sesión de telepatía aplicada, percibió indistintamente la protesta del registro de «Emilio»: «¡No confundir… no broma!». Y luego, con voz más reciente, debido a una modificación que Evermann ignoraba, pero que a causa de las continuas burlas había hecho registrar en las células el ingeniero Tzinsky, agregó: «¡No, Emilio, «biofago», yo Z-105!».

—¡Muy bien, Z-105… está correcto! —replicó Evermann—. Pero «mi no "biofago"». Eso será tu padrecito Tzinsky. Se lo dices, ¿entendido?

Unos segundos después, salía Evermann del ascensor y penetraba en el pasillo abovedado que conducía a la cámara de «torturas». Una linda muchacha, hija de Mark, su compañero de laboratorio, Margarita, Margaret, Meggy, Margri, o como recientemente dio en hacerse llamar, Eggy, asomó la cabeza por la ventanilla de su cajón de vidrio. Su reacción fue la de abrir inmediatamente el paso exterior del pasillo y llevarse la mano al hombro izquierdo en señal de saludo.

—Buenos días, doctor Evermann —dijo sonriendo con toda su arrebatadora belleza.

¡Porque, en verdad, Eggy era bella! A Evermann le parecía mentira que aquel cretino de Mark, de rostro adusto, tuviera tal hija… ¡Mira que era feo y…! ¡No, tonto no, pero altivo y presuntuoso, eso sí! Por algo estaban reñidos desde hacía algunos años. Fue cuando el regreso de la expedición Haska. Precisamente iba en ella su hijo Kra, como ahora parecía se iba a intentar otra expedición en la que formaría parte también Frere. Por lo visto Mark ambicionaba formar parte de la expedición y… ¡Bueno, era una vieja historia!

—¿Qué hay? ¿Cómo debo llamarte ahora, Margri?

—Eggy, señor Evermann, pero puede usted llamarme como quiera —respondió la muchacha con un delicioso mohín al mismo tiempo que se acodaba en la repisa de la ventanilla.

—Bueno, ¿me abres o no? —apremió risueño Evermann.

—No… El encefalóscopo está ocupado con el prodigioso cerebro historiador de Mr. «Jack Union» —dijo Eggy, bajando la voz con picardía.

—¡Ah, la vieja Inglaterra… «God save the Queen»!

Y los dos soltaron una carcajada. Evermann rozó entonces la satinada mejilla de la muchacha y preguntó haciendo un guiño:

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Frere?

—Le vi ayer mismo, señor Evermann. Fuimos juntos a Brasilia…

—¡Ay, cómo se entere el ogro de Mark!

—Ya lo sabe… ¿Por qué no hacen ustedes las paces? No está bien que amigos de toda la vida estén como tirios y troyanos… ¡Y lo violento que debe ser verse cada relevo sin decirse nada! Mamá está muy enfadada con él por esto. El otro día decía…

—¿Os casaréis tú y Frere? —preguntó Evermann cambiando de tema al mismo tiempo que extraía un estimulante y lo ingería.

—Hemos decidido esperar que represe de ese viaje que le tenía tan entusiasmado. Según dice va a ir con su hermano Kra y Haska a…

—¡Quiero nietos pronto, Margri!… Tal vez así tu padre se doblegue a venir por la «domo»…! Ah, aquí viene Mr. «Jack Union»! ¡«God save the…»!

Eggy se volvió rápidamente y accionó su control para dar paso al erguido descendiente de la «histógica Inglategga», cuna de sabios y prohombres.

—Buenos días, señor Evermann y señorita Mark —dijo el severo hombre al pasar. Quizá Mr. Harris, era el único «ser» en todo el universo que usaba monóculo.

—Adiós, Mr. Harris —respondieron Eggy y Evermann.

Y la puerta quedó franqueada para éste último, quien al pasar saludó con la mano a Eggy; rozó las yemas de sus dedos como saludo íntimo y se alejó hacia la cabina de la silla blanca.

Ésta era un reducido cubículo, especie de taquilla hermética que contenía un cómodo asiento y un casco suspendido del techo. Todo era reducido, pero adecuado para contener a un «ser». Éste, claro está, debía ser pensante, como él, Eggy, su padre Mark, etc. El encefalóscopo estaba auxiliado por los ingenios que creaba Tzinsky, no en forma robótica, sino simplificados, «todo cerebro». Se les conocía por el nombre de «Equis», sin cuerpo, pero de una capacidad mayor a los «Zetas», como «Emilio», el «Z-105» de identificación interior.

El «equis» funcionaba con un registrador oculto en el muro de la cabina conectado al casco suspendido sobre la cabeza del «pensante».

Evermann entró, se sentó y la cabina se cerró automáticamente.

—Evermann, del laboratorio astrofísico. —Y como si hablara con una persona, agregó por puro formulismo—, por favor.

El casco descendió, al parecer accionado por un resorte oculto, y se ajustó a su cráneo. Al mismo tiempo, el enrejado del altavoz dejó escapar su antipático silbido. Era el «Equis» que hablaba. Lo de siempre:

—Buenos días, doctor Evermann. —Puro formulismo de Tzinsky, su constructor, un tipo que conservaba todos los rasgos de su antigua raza asiática—. Sosiéguese y adormezca su voluntad. ¿Ha inhalado ya el somnífero? Es una droga benévola, ¿verdad…? ¡Ea, dígame…, hable!

Y Evermann habló porque no podía hacer otra cosa. Y no fue su lengua la que pronunció, sino sus radiaciones cerebrales. Los electrodos «absorbían» partículas neurónicas del tipo de «memoria técnica» y el proceso de selección psíquico lo efectuaba una registradora automática donde se grababa el conocimiento científico, sólo al servicio de la organización técnica universal.

Evermann quedó dormido, pero la aceleración del escrutinio o lavado de cerebro continuaba efectuándose a pesar suyo. La semana que había dejado atrás en el laboratorio estaba siendo cribada y analizada con minuciosidad. Complicadas máquinas electrónicas registraban en alambre ferrofluórico sus impresiones a una velocidad superior a la del fotón —del orden de 600.000 kilómetros-segundo; partículas monoatómicas que transmitían el resultado a la estación de control y verificación.

¡Evermann no podía guardarse nada en la mente, ni aunque

quisiera!

Los conocimientos adquiridos coincidían con los trabajos realizados en siete días de fracciones sexagesimales y el control «devolvía admitido» el escrutinio favorable, cumpliendo así el cometido específico de transcendencia legal.

El resultado y objeto de este «lavado de cerebro» de todos los hombres de ciencia había sido creado a consecuencia de una antigua Ley Senatorial, llamada de Clarke, y era preferible no recordar el antecedente histórico que la motivó, pues representaba una de las más cruentas guerras que asoló el universo, en el transcurso de la cual desaparecieron mundos enteros y se convulsionó el cosmos.

Los niños de las escuelas aprendían en el Derecho Universal esta ley, cuyo índice decía: «Clarke, ley de —Pág. 45». Se corrían las páginas de metal flexible y por medio de las radiaciones del anillo azul que todos los lectores tenían, o bajo los efectos de las lámparas de las bibliotecas, se podía escuchar su grabado estereográfico: « Pena de muerte al que utilice un conocimiento científico en contra de sí o de las demás personas. Este castigo debe ser ejecutado inmediatamente y en el acto del delito, con sólo que el reo insinúe la acción o intención del daño, por cualquier representante de la sociedad universal. Comprenden dentro de los mismos delitos, a) apropiación de conocimientos científicos ilegales; b) empleo de armas mortales o cualquier otro instrumento capaz de ocasionar daños físicos a las personas; c) incluso, utilizando procedimientos legales, si se ocasiona el daño.»

Seguían algunos párrafos más del mismo estilo «neojurídico» y terminaba hablando del antecedente: «John Clarke, físico y político, en el año 5427, Era Cristiana, ocupó por elección el cargo de Presidente del Consejo Supremo del Dominio Universal; fue destituido tres años después por uso indebido de su alta misión, pero apoderándose de los comandos estratégicos militares y de policía instauró con ayuda de varios consejeros técnicos una oligarquía dictatorial que canalizó en la célebre Sublevación del Cosmos, extendiéndose al espacio interestelar, a causa de la que dejó los mundos del Sistema Solar, Centauro, Vega, Sirio, etc., completamente desintegrados. Aquel cataclismo cósmico fue origen de la civilización actual, a través de ciclos seculares, albergados en otros mundos del dominio universal que se conservaron adictos.

»La Ley de Clarke, casi ancestral se conserva íntegra, sin que bajo ningún pretexto ni justificación pueda ser derogada jamás, hasta el límite final de los ciclos multiseculares».

Y con los años, hombres de ciencia como Evermann, Mark, Tzinsky, inclusive, debieron someterse a la «desmemorización técnica», cuyo secreto quedaba archivado en la Sala Cero del Gobierno de Kraaf.

Dentro de aquella organización que abarcaba más de un millón de mundos habitados —se consideraban como tales, hasta el gigante Navión, el fantástico planeta sólido de la constelación de Libra, muerto y apagado, que contenía un laboratorio cosmológico custodiado por cinco familias—, con una población de seres global de un trillón estadístico, no había nadie incontrolado y capaz de poseer un conocimiento superior al de otra persona. De esto se tenía seguridad absoluta y nadie podía perjudicar a nadie, ni poseer siquiera, si es aceptado el símil, un gramo de pólvora ofensiva, aunque la energía empleada era la de radiación cósmica y la atómica.

Sólo un hombre en todo aquel inmenso imperio poseía el control completo; un hombre que dirigía la sociedad, que controlaba las distintas ramas de la ciencia entrelazándolas y coordinándolas, un cerebro único que contaba, también, con el secreto máximo.

Y tan misterioso era este «superhomo» que nadie le conocía, ni sabía dónde estaba, pero sí que disponía de todas las mentes por medio de un telecontrol general. Alguien no obstante sabía que aquel hombre encargado de cumplir la alta misión de coordinación, era un esclavo también de la sociedad, y a su vez era controlado por el senado. Se decía que tenía un autocontrol aplicado dentro del cerebro conectado a una mano artificial metálica conmutada a una clave remota, que en caso de convenir podría destruir la vida del que había venido a ser inmortal y que se conocía en todo el Universo con el nombre de «Jefe», o simplemente «Él»…

Evermann despertó en aquel mismo instante. Todo cuanto había estado evocando se disipó. Durante los tres primeros minutos, después de desprenderse del casco, sacudió la cabeza con aturdimiento. ¡Jamás le había sucedido aquello!

Llevaba setenta años trabajando al servicio de la Organización Universal y era la primera vez que durante el «lavado de cerebro» evocaba los antecedentes históricos. Además sentía pesadez, malestar.

Cuando quiso incorporarse fue incapaz de hacerlo. La lasitud le dominaba, sentía vahídos, no veía, sudaba…

CAPÍTULO II

Como una ingente tienda de campaña de cristal, el Centro de Investigaciones Universales de Idoa se alzaba irradiando igual que una montaña pálida de diamante caprichosamente tallado entre las diez cúpulas orbiformes del reducto que la envolvía.

Una tienda de campaña de hielo rodeada de «iglos» que se unían entre sí por enormes tubos cilíndricos, tal era el aspecto que ofrecía a gran distancia a un hombre del siglo XX de la Era Cristiana la ciudad conocida como «de la ciencia». Estaba construida toda de acero-glass (cristal carbonoférrico núm. 1, para construcciones) y era tan extensa y alta, que tres importantes ciudades del mismo siglo citado como referencia, Nueva York, París y Londres, unida en una sola, al compararlas con aquella majestuosa urbe quedaban pequeñas.

La Ciudad de la Ciencia albergaba cuarenta millones de «seres» y en ella trabajaba todo el mundo de veinticinco años en adelante. Pero era un trabajo grato de experimentación, observación, estudio, análisis, etcétera, en los institutos de las respectivas ciencias aplicadas y puras. Además las diez urbes, aquellos fantásticos «iglos» o ciudades con cúpula de aceroglass, albergaban a técnicos de todas las razas del universo.

Descendientes de marcianos se confundían con el joviano, y el subsirio de Andrómeda, con el «escorpión» de Antares —aquellos esbeltos «seres» de bella figura, que a la sazón eran los ídolos del sexo femenino—. La etnología había progresado mucho y, gracias a ella y a los conocimientos genéticos, la nueva raza universal, mezclada de todas las demás, estaba muy perfeccionada. Aunque no obstante existían tipos

puros de antiguas generaciones que diferían entre sí, como se diferenciaban miles de siglos atrás, en la desaparecida madre Tierra, la raza blanca de la asiática, negra o cobriza… ¡Aunque el gusto era cuestión de apreciación!

El «iglo», que los habitantes de Idoa llamaban simplemente bóveda de la urbe, tenía más de cinco mil metros de altura, con un diámetro superior a los veinticinco kilómetros. Y alrededor de la Casa de la Ciencia, simétricamente dispuestos, había diez «iglos», unidos todos entre sí por enormes tubos de mil metros de diámetro, donde estaban las vías de comunicación por pisos. De centro a centro de «iglo» había una distancia superior a los cien kilómetros, formando un baluarte alrededor del «building» central en forma de tienda de campaña y la extensión de superficie total de aquella metrópoli era superior a los 500 kilómetros de círculo, dentro de los cuales vivían cuarenta millones de «seres».

Esta ciudad gigante no era la única: como ella había millones en todo el Universo. Idoa, sin embargo, era donde se albergaban los hombres de ciencia, como Albar era la más industrial y producía gran parte de los alimentos vitaminizados que se consumían en el vasto campo sideral. Y Brasilia la metrópoli del recreo.

El gobierno estaba en una gran metrópoli metálica llamada Kraaf, a varios cientos de años luz de Idoa, aunque un viaje de una ciudad a otra, con un moderno proyectil esférico, se podía efectuar en menos de tres horas.

Pero algo estaba sucediendo en Idoa, algo tan importante, que fue motivo del presente relato. Y todo sucedió a partir del momento en que el prestigioso profesor Evermann se despertó dentro de la cámara hermética del encefalóscopo, una vez terminado el escrutinio de su cerebro.

El registrado «Equis», construido por Tzinsky, había concluido. Pero… ¡fenómeno anormal! Alguien o algo desconectó el robot utilitario «Equis» y acto seguido un grupo de diez policías irrumpieron en el «archivo».

Eggy se quedó como quien ve visiones. Era lo más insólito que había visto en los dos años que llevaba prestando servicio en aquella sección como enfermera en caso de necesidad y control de acceso. Y no tenía referencia que esto hubiese ocurrido jamás.

No hacía falta mostrar credenciales. Eggy conocía su obligación. En un momento quedó todo interceptado. ¡Nadie podría entrar ni salir del

archivo! Y a Eggy se le rogó marchar.

—¡Pero está dentro el profesor Evermann! —protestó la muchacha dirigiéndose al comandante que mandaba el pelotón.

—Ya lo sabemos, señorita. ¡Retírese, por favor! —Ordenó el oficial.

La perpleja Eggy marchó a través de los ascensores neumáticos. Por todas partes, ocupando los accesos de comunicación, encontró funcionarios de policía junto a los «robots «Zetas» de identificación.

¿Qué había sucedido? ¿Qué misterio encerraba la presencia de la policía gubernamental en la cámara del encefalóscopo? ¿Tenía todo ello algo que ver con la presencia allí del padre de Frere? La mente de Eggy era poco menos que un caos; incluso algunos «Zetas» de identificación, producían chasquidos en sus ciclotrones al modular el estado mental de Eggy. Un policía le ofreció un calmante que ella aceptó con una sonrisa de agradecimiento.

Cuando salió al exterior y se encaminó a su vehículo, un moderno bólido color rojo brillante, estaba más serena y reflexionaba con normalidad. Ahora no le cabía duda que la policía había intervenido a causa del doctor Evermann, pues era el único que estaba dentro del encefalóscopo. Detrás de él no pudo entrar nadie más.

Se dijo que debía comunicárselo a Frere. Y fue lo primero que hizo al sentarse ante los mandos de su autobólido.

Con mano serena desconectó el radioteléfono y pidió un número. Pero el resultado fue negativo. ¡Frere no podía contestar, su control estaba intervenido también!

El más horrendo temor se apoderó entonces de Eggy Mark. ¡Hert Evermann arrestado por la policía y su domicilio bajo control intervenido! ¿Qué sucedía con la familia Evermann? No podía llamar tampoco a la simpática señora Loui, pero… ¿Tal vez a Kra, el hermano de Frere, que trabajaba en la Oficina del Espacio…?

El resultado de estas llamadas fue también sorprendente. En el mismo instante que Información de la Oficina Espacial, a través del rostro de una bella muchacha rubia aparecida en el radiovisor, decía que intentaría llamar a Kra Evermann, un autobólido de la policía se situó junto a donde estaba Eggy.

Dos agentes de policía metropolitana salieron apresuradamente y se acercaron a ella.

—¿Está usted intentando ponerse en contacto con la familia Evermann? —preguntó uno de ellos enérgicamente.

Eggy no podía negar algo tan evidente. Su número de radiovisor

estaba totalmente funcionando y la policía había localizado sus reiteradas llamadas. Así pues, procurando mostrarse amable, repuso.

—Cierto, señores. Soy amiga de la familia y resulta que…

—No siga, conocemos el caso. No intente saber nada más. ¡Es una orden! —terminó diciendo tajante el policía—. ¡Una orden de «Él» disponiendo la intervención del doctor Evermann y el control aislado de toda su familia!

— ¡De «Él»! —repitió, pasmada de asombro, la muchacha.

Porque aquello significaba tanto…

* * *

Al abrirse la reducida cabina comprendió Evermann. El comandante de policía saludó llevándose la mano al hombro izquierdo. La estrella blanca de su casco de un raro metal verde pareció destellar bajo las verdes luces catódicas del archivo.

—¿Ocurre algo, comandante? —preguntó Evermann al salir.

El grupo de policías le miró con respetuoso silencio. El astrónomo dirigió lentamente la mirada en derredor, arqueó las cejas y terminó por encogerse de hombros.

—Tiene usted que acompañarnos, profesor Evermann… Debemos conducirle a un navío sideral que ha llegado de Kraaf…

Evermann comprendió de un modo vago. Con la mano derecha se tocó el control que llevaba alrededor de la muñeca izquierda. Aquella especie de reloj sin esfera y oblongo jaspeado era un poderoso y complicado registro individual que emitía frecuencias constantemente y de tarde en tarde recibía órdenes del «Jefe». Las siglas que llevaba inscritas en él acreditaban su personalidad y ello le unía a la sociedad en que vivía.

Su control acababa de darle un mensaje mientras dormía y la policía, por lo visto había recibido la orden de intervenirle. Como era un miembro al servicio del Gobierno Universal, podía disponer de él en cualquier momento, para bien o para mal… ¡Y después de noventa años de vida, Evermann era requerido por alguien del Gobierno!

Ni por un momento pensó que podría haber cometido una falta. Tenía demasiada experiencia para esto, conocía bien su vida, limpia, su trabajo, infalible, su conducta, intachable, etc., para que nadie pudiera requerirle ante la ley. La presencia de la policía significaría, sin duda, algo distinto.

—¿Y bien? —osó preguntar.

—Lo ignoramos, señor Evermann. Son órdenes y éstas no se discuten. Sólo puedo decirle que se trata del «Jefe».

—Lo suponía… ¿No puedo ver a mi familia? —agregó Evermann.

—Lo siento, doctor.

—¡Sí, las órdenes; ya lo sé! —comentó él con resignación—, Vamos, pues; estoy a las de ustedes.

Un policía acudió en aquel mismo instante —por lo visto esperaba en el pasillo junto al cajón de vidrio de Eggy— y facilitó a Evermann un curioso traje aislado. Era lo más parecido a una escafandra, incluso el redondeado casco para envolver la cabeza, pero el que se lo ponía no podía ver el exterior, ni ser visto, como tampoco oír nada. Dos antenas sensoriales le orientaban accionadas por un microrradioscopio muy sensible que accionaban las sienes de su ocupante. Lo peor era que aquel equipo estaba dirigido desde el exterior por alguien y en ningún momento Evermann podría desviarse… ¡Aquél alguien era el Jefe que tanto respeto causaba a los seres pensantes del Universo!

Una vez enfundado en su traje aislado se puso en funcionamiento el mecanismo de acción policial. Los ascensores automáticos sacaron al profesor Evermann al exterior y, escoltado por la policía, en crecido número que había engrosado los diez iniciales, al retirarse de sus puestos de vigilancia, fue conducido a un autobólido.

Escasos minutos después el astrónomo era introducido en una esfera sideral, una espacionave tipo «bala de cañón» de veinte metros de diámetro. La doble compuerta se abrió, hacia fuera la exterior y hacia dentro la interior no giratoria. Evermann, enfundado en su equipo, y a oscuras, como un prisionero peligroso, pasó a poder de dos robustos jóvenes jovianos, de más de dos metros de estatura que vestían el uniforme de los navegantes del espacio, pero con grado de general del servicio secreto, lo que probaba que no eran dos pilotos cualquiera.

La policía los saludó respetuosamente y, cuando se cerraron las compuertas, se alejaron.

Al cerrarse las dos compuertas accionadas por resortes electrónicos, se encendió la luz roja. Dentro de unos momentos se pondría en funcionamiento la nave sidérea esférica y surcaría el espacio a millones de kilómetros por segundo.

—¿Se encuentra bien, profesor Evermann? —preguntó uno de los jovianos.

Mientras tanto el otro quitaba la escafandra de la cabeza a

Evermann y cuando estuvo despojado de aquel engorroso casco lanzó un suspiro. Luego examinó el lugar.

Se hallaba en un compartimiento circular y abovedado de unos dos metros de altura, poco más, que obligaba a los jovianos a caminar inclinados por los extremos; alrededor había un mullido asiento de esponja artificial y en el centro la mesa del control de mando. La luz era roja y las figuras de los dos jovianos contrastaban en aquel ambiente. Se movían con agilidad, pese a que la gravedad ya había desaparecido; el mismo Evermann se sentía liviano y sin peso. Estaba sentado en el asiento circular y miraba en derredor con curiosidad.

En la mesa de control se iluminó de súbito con verdosa y paradisíaca luz la pantalla del radiovisor, brotando tan repentina que hizo parpadear a Evermann. Un segundo después el bólido esférico se ponía en movimiento. La pantalla retransmitía una visión inmóvil frente a ellos, en la órbita abierta de navegación, pese a que la envolvente esférica del navío giraba vertiginosamente.

—¿A dónde vamos? —preguntó Evermann.

—Tenemos orden de conducirle a Kraaf. Allí invertirán el tiempo y no sabemos si irá usted al presente, al pasado o al futuro. Depende de donde se encuentre «Él». Quiere verle…

¡Aquello no podía ser más asombroso! Era todo un acontecimiento histórico. ¡Hert Evermann solicitado por el «Jefe»! ¿Qué le ocurriría al Jefe Supremo? ¿Cómo entre un trillón de seres llamaban a Evermann a presencia de «Él», cosa que jamás había ocurrido en los miles de años que regía?

Pero nadie sabría nada. Ni la prensa, ni las pantallas de radiovisión retransmitirían o darían a conocer este acontecimiento. La policía de Idoa había recibido una orden y ya estaba cumplida. Los dos generales jovianos, del servicio secreto habían recibido otra…

¡Margri! Recordó de súbito Evermann la presencia de la novia de su hijo Frere cuando entró en el encefalóscopo, pero al salir no estaba. La policía la había quitado de en medio, pero ella le contaría a Frere…

Luego se dijo que la policía no hacía las cosas a medias. Su familia estaría ya intervenida también y en angustiosa incertidumbre. En fin, había que resignarse y esperar.

El bólido, convertido ahora en un pequeño meteoro esferoide surcaba el espacio a velocidad hiperbólica de órbita abierta. Evermann conocía el sistema que gobernaba aquellas naves de velocidad supralumínicas. Contemplaba los indicadores y sabía que su

funcionamiento era perfecto: ¡dieciocho millones de kilómetros por segundo —cuatro dimensiones de dos, según sus cálculos mentales— ! En poco más de dos horas estarían en Kraaf, la también llamada por algún motivo, frontera de los tiempos. Desde allí podía trasladarse al origen de los siglos, llegar incluso a la célula del antiprotón, pasarla y evolucionar en otra dimensión relativa, más allá del menos cero y transformarse en dimensiones negras o ¡mayores de infinito!…

—Me llamo Jan y éste es Frobo —dijo uno de los jovianos interrumpiendo los pensamientos de Evermann y aproximándose a él.

Los jovianos eran descendientes de aquella antigua civilización de Júpiter y conservaban todas las características de su poderosa raza, que fue el asombro de muchos siglos de esplendor. Cuando desapareció Júpiter y el sistema solar, los jovianos de los Dominios, ya unidos por las mismas Leyes del Universo se adaptaron al ambiente nuevo, incluso muchos de ellos se unieron con hembras de otras razas inferiores, perfeccionándose así la universalidad etnológica. Pero existían «seres» puros de raza joviana, como lo demostraban Jan y Frobo, dos tipos notables de armonía estética, sin mezcla de otras sangres, y desde luego, no eran como los «escorpiones» de Antares, puestos de moda por la sensiblería femenina.

Un joviano era la belleza clásica, atraque algunas de sus hembras no eran fecundas debido a esterilidad genética; pero otras se conservaban idóneas en generaciones de más de cincuenta siglos.

—Tanto gusto… No puedo decir más —agregó con cierta filosofía Evermann.

En aquel momento, la pantalla alumbraba con vivo resplandor.

—Betelgeuse —comentó Evermann al cabo de un instante de un modo instintivo.

—En efecto —añadió Frobo sonriendo—, es Betelgeuse, de Orión… Unos cuantos millones de grados de radioactividad en período de expansión.

Un breve intervalo después, otro fantástico mundo en gestación se ofreció también ante ellos: Bellatrix, agigantándose en la pantalla. La luz se hacía intensa, ofuscando el rojizo color del interior del bólido interestelar.

—Maravilloso, ¿no? —preguntó Jan, por decir algo.

—Sí, mucho —convino Evermann.

Por lo visto los tres buscaban fútiles comentarios para eludir el tema primordial, como lo era el viaje forzoso del astrónomo de Idoa.

Evermann, no obstante, creía adivinar que los dos jovianos sabían más de lo que aparentaban. ¡Se aprenden muchas cosas viajando por el espacio! La gente, pese a todo, no es necia, y de conversaciones captadas aquí y allá, se pueden decir muchas más, convenientemente dispuestas.

Evermann inició una charla para entresacar.

—Vinieron directamente de Kraff, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Frobo mientras examinaba un indicador de energía atómica.

—Y… ¿Qué se dice? ¿Habrá sido una conmoción? ¿Cuándo ocurrió?…

—¿Conmoción? ¿Decir? ¿Ocurrir? —fue Jan quien arqueó las cejas mirando sorprendido a Evermann.

El doctor podía ver los ojos grises del joviano a través de los gruesos lentes protectores que parecían despedir destellos burlones. Aquel hombre fingía muy bien, era evidente, pero también era evidente que no quería decir nada. No obstante, Frobo sonrió y saludó a su compañero rozándole las yemas de los dedos con mucho cariño.

—¿No crees, Jan, que el doctor Evermann se enterará, si no lo sabe ya? Además que hacer un pequeño favor a quien tanto bien puede hacernos mañana no es mala inversión.

—¡Pero no es misión nuestra! —protestó el otro.

—¿Y qué más da? —Frobo se volvió decidido a Evermann—. Oiga bien y sujétese donde pueda… ¿De veras no lo sabe? —Y como el astrónomo sacudiera la cabeza dubitativo, continuó—: ¡El «Jefe» ha pedido una revisión de la Constitución Universal y… exige la libertad! Bueno, esto es lo que se dice…

—Era de esperar —comentó en voz baja Evermann sin aparentar sorpresa—. Y el Senado ha efectuado deliberaciones, ¿cierto, no? Se rumoreaba algo en Idoa… Es curioso, pero no envidiable… ¿Qué tiene que ver Haska con esto?

Los dos jovianos casi dieron un salto. Jan preguntó:

—¿Qué imagina usted que…?

—De lo contrario no se habría fijado en mí. Yo vivía muy desapercibido y apacible en Idoa… Mis hijos Kra y Frere debían marchar con él, pero esto sé que Haska es… Además se allanaron dificultades, como si «alguien» muy importante formase parte de la expedición. ¿Verdad que sí? Mucha gente sabe esto. Aquella expedición fue un fracaso; marcharon mil hombre y regresaron seis, Haska entre

ellos y mi hijo, que por esto está ahora en la Oficina del Espacio. Mi hijo Kra salvó aquellas pocas vidas de morir horriblemente y…

—No siga, doctor —atajó Frobo—; supone usted demasiado. Quizá tenga razón en algo, pero le aseguramos que Haska no es el «Jefe»…

La enigmática expresión de los dos jovianos del servicio secreto sorprendió a Evermann. Jamás había sido testigo de tanto aplomo y seguridad en dos hombres puestos de acuerdo o sin poner. Frobo y Jan no parecían mentir y si lo hacían, su mentira tenía el cariz de ser cierta.

—¿Se le ha ocurrido pensar que usted mismo puede ser «Él», aunque no lo sepa? —preguntó sonriente Jan.

—No, no lo soy —repuso Evermann—. Estoy seguro.

—Pero nosotros no… En fin, dejémonos de palabras. Dentro de una hora estaremos en Kraaf. Allí le hablará el senador Kava, que preside ahora el Congreso Universal… ¡No tiene veinticinco años, pero promete!

Es justo hacer un paréntesis para decir que en Kraaf, existía entre algunos gobernantes el privilegio de la inversión del tiempo por varias centenas. Así se comprenden las palabras de Jan. Dichos gobernantes estaban sometidos a un tratamiento periódico sicometabólico. Según parecía, ciertos prestigiosos cirujanos insertaban hormonas artificiales, restauraban su metamorfosis y aquellos senadores al llegar a los cien años y en vez de ser retirados a los asilos a gozar del descanso reglamentario hasta su muerte, volvían hacia la juventud otra vez. Aunque estos períodos sólo se efectuaban durante cinco centurias, el quíntuplo de la vida normal, para luego ser inscritos en la historia y conservados después inertes en urnas llamadas de «retorno», es decir, por si alguna generación necesitaba de ellos, para ser revividos por pocas horas, en caso de atestiguar. Aunque esto habíase efectuado muy raras veces, desde que se conocía y empleaba tal procedimiento.

Como había vaticinado Jan, a la hora indicada llegaron a Kraaf. El bólido esférico fue decelerando su movimiento giratorio y terminó posándose en uno de los múltiples canales de las pistas. Magnetos aplicados en las vías frenaron su inercia y a, los pocos segundos se había detenido del todo, sin que en su interior, se apercibiera cambio alguno de aceleración.

Después accionó Frobo los mandos de estabilización y acto seguido se abrieron las compuertas. Antes de esto, sin embargo, Jan rogó a Evermann se pusiera otra vez la escafandra aisladora, que el doctor accedió, sintiendo al momento el funcionamiento de las antenas

sensoriales Sobre la sien. De este modo se orientó hacia la puerta de salida.

Al momento presintió, de este modo, la proximidad del autobólido que conducía el senador Kava.

Dos segundos escasamente después, el senador, rozando la enguantada mano del doctor, exclamaba:

—¡Hola, Evermann! ¿Un poco extrañado, no?

—¡Cierto, no lo dude! —respondió Evermann aunque sabía que nadie podía oírle.

—Suba y siéntese. Dentro de poco le informaré de todo… ¡Adiós, Jan y Frobo, y gracias!

—¡Adiós, senador y doctor Evermann! —respondieron los dos jovianos casi a dúo. Y Jan, agregó solo—: ¡Suerte, doctor!

Evermann sintió al mismo tiempo la leve sacudida del bólido del senador Kava y presintió que se había puesto en camino con rumbo desconocido. Durante unos momentos el astrónomo no se dio cuenta de nada. Presentía sólo la presencia de Kava, silencioso, pilotando su autobólido, pero la impresión de gente en el espaciodromo se había disipado. También sabía que su salida del navío sideral de los jovianos había sido contemplada por millares de personas, aunque sólo el senador se había acercado a él.

Y transcurrido un tiempo indeterminado, pero breve, dijo Kava:

—Bueno, Evermann; ya hemos llegado. Puede quitarse el traje y descender.

El doctor no tardó en obedecer. Quería saber dónde se encontraba, pero su decepción fue grande, al ver que se encontraba en el claro de un bosque de altos coníferos. No obstante era curioso contemplar aquel vestigio de flora. Personalmente, Evermann, jamás había visto un árbol ni un arbusto, aunque en el museo de Idoa existía un Botánico muy atrayente adaptado a un clima artificial. Pero Evermann era astrónomo y la extinta e histórica ciencia de las plantas no le interesó jamás.

Incluso sus pulmones parecían resentirse en aquella atmósfera tan cargada de oxígeno e hidrógeno.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En un bosque; ya lo ve. Le haré compañía un momento, porque en seguida vendrá la máquina de «Él»; luego me iré. «Él» ya sabe que hemos llegado. Usted penetrará en ella y al salir se encontrará en otro lugar y en otro tiempo, que con toda seguridad no sé dónde se halla, ni cuál es… ¡Ni me interesa saberlo, naturalmente!

—¿Y no me puede usted adelantar algo? —suplicó Evermann.

—¿Supongo que no intentará negarse? Aquí no hay protocolo ni preparativos… Simplemente, parece ser que debe usted sustituir al jefe una temporada.

—¡Pero esto no puede ser!

—¿Cómo que no? ¿Hay alguien o algo que lo impida? —le preguntó el senador Kava, casi agresivo, crispando el rostro.

Los dos hombres se escudriñaron durante un corto intervalo.

—Mi razón…

—Su razón es nula, Evermann. En todo caso está supeditada a una razón de Estado —y casi gritando agregó Kava—. Además conmigo no discuta. ¡Entiéndase usted con «Él»! Esto no es… ¡Ya viene, adiós!

Comprendió Evermann que Kava decía la verdad. Su despedida fue cordial, rozándole las yemas de los dedos. Incluso suavizó su expresión y sonrió al alejarse hacia su autobólido. Un instante después emprendía el vuelo y desaparecía en el cielo gris.

Al momento una extraña esfera se materializó frente a Evermann. Era un aparato curiosísimo en forma de bola, algo mayor que la estatura de un hombre. La envoltura de cristal transparente permitía ver su interior, el asiento de fibra verde, y raras manivelas sobre el inclinado tablero. Algo se encendió dentro de ella, al instante de aparecer y la envoltura esférica se deslizó silenciosamente dejando paso suficiente para un hombre, al mismo tiempo que una pasarela surgía hacia el suelo, que se posó a los pies del doctor Evermann.

—¡Adelante, querido doctor! —sintió Evermann una voz dentro de sí mismo, aunque en el interior de la esfera ni por los alrededores no había nadie.

Y Evermann entró y tomó asiento. Cuando la pasarela se recogió y se volvió a cerrar la esfera, Evermann sabía que iba a viajar a través del tiempo. ¡A su espalda se cerraba el presente!

Suspiró resignado.

Luego el claro del bosque de coníferos quedó vacío. ¡La esfera había desaparecido!

CAPÍTULO III

Evermann se encontró en un curioso mundo desconocido. El cielo era azul cobalto puro y en él brillaba distante un radiante sol amarillo. El suelo era arenoso; a un lado se extendía el excelso mar rizado de olas con crestas espumosas, y al otro, más allá del elevado acantilado rocoso, el frondoso paraje de un bosque.

Las olas lamían la base de la esfera donde se encontraba sentado. Todo estaba solitario, despoblado, aunque Evermann sabía que era un mundo remoto en período de gestación biológica. El agua, el suelo y la atmósfera se lo indicaba.

En el catálogo de su cerebro encontró pronto las características de aquel sol que le iluminaba; estudió también la constitución geofísica del suelo del mundo en que se hallaba, así como la curvatura del horizonte. Y comprendió que se encontraba en la Tierra madre… ¡La cuna de la civilización universal!

La emoción le incitó a mirar ávidamente en torno suyo. Aquello era la Tierra, muchos siglos antes de su destrucción. ¡Qué fantástico! En aquel momento no sentía haberse alejado de su familia, haber abandonado su trabajo, sus estudios, y todo lo que hasta aquel ciclo —no tiempo, porque éste se había invertido— había sido su vida. Ahora, deseaba ardientemente explorar, ver, tocar, todo por sí mismo.

No obstante, se vio obligado a contenerse porque en aquel preciso instante algo… ¡No, alguien! Apareció ante él. Era una figura pequeña vista con la distancia y estaba allá arriba, sobre al acantilado, mirando hacia la esfera dentro de la cual se encontraba.

Vio Evermann a la figura agitar el brazo; le separaba medio centenar de metros, pero al instante la reconoció por instinto. ¡Era «Él», el «Jefe», que acudía a su encuentro, después de haberle hecho ir a un mundo distinto!

La puerta de cristal de la esfera se descorrió silenciosamente y la pasarela se tendió de nuevo hacia el suelo. Evermann salió lentamente y el agua cálida mojó algo sus pies, calzados con livianos zapatos de acero plástico perforado. También el viento le agitó los cabellos. Era un soplo marino, grato, como perfumado de yodo y algas.

Contemplando a la figura descender ágil entre los peñascos no se dio cuenta que la esfera se había cerrado otra vez y penetraba, rodando sobre sí misma, en el seno de las aguas. Cuando volvió la mirada, un segundo después, sólo tuvo tiempo de ver parte de su cúpula desapareciendo entre las olas.

—¡Hola, Evermann! —gritó el hombre que descendía hacia él.

Cuando estuvieron casi frente a frente, tuvo que reconocer Evermann que el Jefe era desconocido para él. Desconocido en el aspecto físico, porque en el telesíquico, aquel hombre de estatura mediana —metro ochenta aproximadamente— era el más conocido de todo el Universo entero, con quien se estaba en contacto en todo momento por medio de los controles remotos.

—Hola, Jefe —saludó Evermann acercándose.

Los dos hombres se tendieron la mano, rozándose las puntas de los dedos. Entonces Evermann estudió detenidamente al «Jefe». Era robusto y tenía el aspecto de un hombre de cuarenta años, aunque sabía que contaba muchísimos más. Vestía una curiosa ropa de fibra vegetal tejida con hilos de metal, pantalón corto color verde brillante y bolsas a los lados. Bajo aquella especie de jubón amplio llevaba al pecho una coraza metálica provista de ciclotrones de varios colores, todos ellos descubiertos. Evermann adivinó que cualquiera de aquellos ojos podía despedir rayos invisibles de gran poder destructivo.

Tenía el cabello ligeramente bronceado, piel fina, ojos acerados, boca algo abultada que al sonreír mostraba una sana dentadura, que a Evermann le pareció artificial por lo perfecta. La mano izquierda la llevaba enguantada, pero en la muñeca podía verse su propio autocontrol de registro.

—Bueno, créeme que me alegro de verte, Evermann. Yo y tú podemos hablarnos con familiaridad —sonrió y cogió a Evermann del brazo, llevándole a lo largo de la playa.

—Pero… ¡todo es tan confuso para mí! —comentó el doctor en voz baja.

—Te explicaré con todo detalle. ¿Conformes? Primero te diré que me llamo Clarke, John Clarke… ¿Te dice mucho mi nombre, verdad? Una especie de azote del pasado. Sí, por mi culpa se convulsionaron los mundos. ¡Pero lo he pagado bien! El asesino de la humanidad universal… ¡Bah, ya sabes, Evermann! Todo eso pasó, pero la mejor justicia es la que se ejerce sobre uno mismo. Mi cuerpo debía estar mutilado, vejado y esparcido por el cosmos, así como toda mi raza.

»Pero no sucedió así, ya lo ves. Debía ser útil y en mi utilidad encontré el castigo a la ambición… ¡Ésta, por otra parte, tampoco tiene objeto, porque el todo es inalcanzable! Aunque el senado ha comprendido y ahora va a cambiar… ¡No, no digas nada! Sé que Kra te lo dijo: yo también soy Haska, debido a la facultad de transición de tiempo que dispongo. ¡Buen chico tu Kra, y está perdiendo el tiempo en aquella oficina del espacio!

»Le llevaré también conmigo, así como al pequeño Frere. Pero seré el Haska libre, porque Clarke murió hace muchísimos años, cuando la Guerra del Cosmos. ¿Comprendido, Evermann?

En las palabras de Clarke no estaba comprendido todo el mensaje. Sus mentes habían hablado y comprendido respectivamente a mucha más velocidad y habían dicho más cosas. Evermann, por su parte, lo había intuido perfectamente y cuando miró abiertamente al hombre, casi sintió simpatía por él, como antes había sentido inquietud.

—Los Evermann están ligados conmigo. Kra despertó mi interés de un modo principal; gracias a él salimos con vida de una gran aventura. ¡Hubiera sido un desastre no poder regresar de aquellas dimensiones! Reconozco que Kra tiene carácter y energía.

—Sí… Pero la nueva Constitución… ¿Qué?

—Llámame Haska. Así me controlarás siempre a partir de ahora… No te preocupes. Sentémonos sobre estas rocas y te explicaré lo que hemos preparado con, Kava.

Evermann obedeció, haciéndolo frente al mar. Las blancas crestas de espuma le fascinaban y las olas al romper sobre la arena tersa, regresando pausadas otra vez a su ingente seno líquido parecían emitir una música cadente, un ritmo maravilloso como producido por años de ensayo melódico.

—He tenido hasta ahora todo el poder… Soy muy viejo, Evermann y estoy cansado. Muchos años coordinando el trabajo y el pensar de

millones de hombres. Mis máquinas son incansables, pero yo no. ¿Sabes lo que es ser libre? Me imagino, por ejemplo, una de las calles de Brasilia llenas de jóvenes alegres, viviendo confiados porque alguien vela por ellos… Ayer vi a tu hijo Frere y a la hija de Mark… ¡Sí, seréis amigos otra vez! ¿Sabes que te aprecia mucho? Mira en esta placa inversora de visión,

Clarke mostró a Evermann una placa fonovisora no mayor que una pitillera. Al iluminarse la imagen pulsando un detector el astrónomo de Idoa pudo ver la escena familiar en casa de Mark.

* * *

La señora Mark estaba llorando en un reclinable; las gafas lacrimosas cubrían sus ojos nobles, pero su cuerpo, algo grueso y enfajado se estremecía a espasmos, a la vez que pronunciaba sollozando:

—¡Pobre Evermann…, mi buen amigo! ¿Qué será de él?

Eggy, bella como siempre, pero preocupada, intentaba ponerse en contacto con el Centro de Policía de Idoa, para averiguar si habían retirado ya la intervención a la familia Evermann.

Mark, por su parte, al invertirse la imagen de su familia, apareció tomando un refrigerio vitaminizado en el laboratorio astrofísico. Su mirada estaba fija en un radiovisor auxiliar y la mente abstraída por la noticia recibida de Eggy, quien le había explicado su relevo forzoso y la intervención de Evermann. Como hablando consigo mismo, decía Mark:

—¡Cuánto lo siento!…. Hace tiempo que debí hablar con Evermann. No hay motivo para que estemos así, estando su familia y la mía tan vinculadas. Incluso Margri se casará con Frere y… ¡La repudio como no lo haga!… Lo que no comprendo es como «Él» puede tener interés por Evermann. ¡No, no lo entiendo! Algo grave debe de ocurrir.

* * *

—¿Ves? —prosiguió Clarke sonriendo—. Y es que en las personas, por muy sabio que se sea, no deja de ser sencillo y corriente… Tú, Evermann, eres distinto. No tienes dudas y eres humano, con alma y sentimientos. Conozco a las personas por haber vivido tanto; eres el hombre de todas las épocas y sabiendo mucho, más que nadie, eres sencillo, modesto, jovial…

—¿Todo eso soy? —preguntó el doctor sonriendo—. No lo hubiese creído nunca. ¿Y cómo fue el fijarte en mí entre tantos millones de seres?

—Ya te he dicho que conozco a tu hijo Kra, muy sabio y discreto, como corresponde a tal padre. Cuando Kava y yo planeamos la modificación, tu figura bailaba en mi mente. Te he estudiado con detenimiento durante mucho tiempo. Tu rencilla con Mark no importaba, siendo culpa de él. En lo demás eres el hombre idóneo para esta labor… Pero no estarás siempre. Te puede suceder Kra, después Frere, y luego los hijos de Frere y Margaret Mark, lo que asegura una descendencia durante varias generaciones: gente sana y capaz. Luego, si andamos por ahí todavía les echaremos una mano para que busquen otro. Porque sin duda, alguien tiene que controlar esto, aunque no sea más que por puro formulismo.

»Yo muchas veces, durante años enteros he estado ocioso. Concebía la esperanza de descuidar mi misión a conciencia, olvidarme de los controles para ver qué sucedía. Pues bien, todo continuaba igual; nadie se atreve a modificar una regla de conducta. Todo está demasiado arraigado, o sea que no será difícil para ti,

Clarke calló. Sus sentidos estaban percibiendo las impresiones que modulaba el cerebro síquico de Evermann y no podía engañarse. Eran fluctuaciones de análisis deductivo-sicológico muy profundas. Evermann sopesaba muchas posibilidades, ninguna de las cuales escapaba el escrutinio registrador de Clarke, quien interiormente reía.

También su penetrante mirada iba a perderse allá en los confines del horizonte donde se unía la línea cóncava del cielo con la convexa del mar, en dos tonos distintos de azul, como era el símbolo del oxígeno… ¡Oxígeno, el nombre de un período industrial del universo! ¡Cuánto valor adquirió en la historia!

—¿En qué año estamos, Haska? —la pregunta llegó al cerebro automático de Clarke antes de haber Sido proferida por Evermann.

—¿Qué importancia tiene ahora?… Es anterior a la historia. Me gusta estar solo, ver los mares qué ya empiezan a fecundar sus células. Dentro de algunos miles de años se iniciará el llamado período triásico… Pero tú puedes irte al esplendor de Kadan, en Júpiter, ir al futuro, a la dimensión cero, ¡donde quieras! Es un privilegio exclusivo. Muy curioso todo, pero con los años cansa.

—Esto es la Tierra, ¿no?

—Pregunta equivocada, querido Evermann. Di mejor si era la Tierra.

Nuestro ciclo evolutivo ha superado su destrucción y dispersión y sólo el tiempo ha sido desentrañado, trasladándonos por él como de una habitación a otra, dentro de una casa. Pero nos falta todavía mucho por recorrer. Bueno, tú lo sabes tanto como yo… Sí, sé que tienes una teoría, pero no nos sirve. ¿Sabes que hubo hace muchos siglos uno que expuso algo parecido a lo tuyo?

Evermann sonrió. Clarke aludía al cosmólogo See, uno que andaba antiguamente especulando con su teoría. El mismo había recogido su voz en un fonotelúrico y había escuchado sus remotas e interesantes conferencias, amén de estudiar los textos renovados de la ciencia antigua.

Aquel cosmólogo había dicho, refiriéndose a la formación del sistema solar, que era el conocido entonces, que el Sol había capturado a los planetas, como éstos habían hecho con sus satélites. A la sazón sabía Evermann mucho más que aquel sabio de entonces, pero todavía no lo bastante, pero había dado con problemas que aquellos ni soñaron siquiera. Energía, masa, atracción, magnetismo, velocidad parabólica e hiperbólica, curvas abiertas de dimensiones múltiples, factores de cálculo de posibilidad continuada —aquel complicado cálculo electrónico que terminó con los juegos de azar—, radiación gravitacional y antigravitacional, acciones e interacciones y la aplicación física del «quanta», que dio origen al descubrimiento más sensacional de todos los siglos…

—¡Déjate de recuerdos, Evermann! Llevamos casi una hora aquí y todavía no hemos decidido nada…

—Pero ¿tenemos que decidir algo? ¡Pensé que estaba todo resuelto! —se sorprendió Evermann mirando a su compañero.

—No, sabes que no puedo obligarte, pero cuento contigo… ¡Si quieres! Escucha, te explicaré el ambicioso proyecto. Quiero volver a viajar otra vez. En esta ocasión, espero tener éxito. Haska arrastra público, el gobierno de Kraaf me apoya y cuento con diez navíos, uno de ellos de exploración robótica para exploraciones peligrosas, y casi un millón de hombres y mujeres… Esta vez podremos salir.

Evermann sonrió. ¡Salir, como si nada! Pero Kra también tenía fe en conseguirlo, se lo había dicho cien veces. En la expedición que formó parte con Haska estuvieron a punto de lograrlo, incluso pudieron calcular medidas confirmadas por la comprobación teórica. Haska, o Clarke, era muy sabio, tenía mucho poder, pero por encima estaba Dios.

El proyecto Haska había sido y seguía siendo, únicamente el de salir

del Universo. ¡Simple y llanamente! Liberarse de las tres dimensiones de un infinito planetario y penetrar en otro infinito distinto. Se había podido comprobar con el cálculo —esto fue una labor ingente de «cerebros atómicos»— que los mundos planetarios vivían como los seres y morían absorbidos por mundos mayores. Una estrella nacía, atraía a sus órbitas magnéticas pequeños corpúsculos de materia y energía, que todo era lo mismo, lo hacía girar en torno suyo, en órbitas helicoidales de radio cada vez más reducido y terminaba capturándolos para alimentarse con ellos, a través de un proceso de millones de años. De este modo aumentaba su ingente materia radiactiva, para terminar luego, falto de atracción, debido a los grandes espacios interestelares cada vez mayores, por morir a su vez absorbido por la atracción magnética de otro campo de atracción mayor o de más vigor que lo desintegraba.

Estos ciclos se repetían creando mundos y formas distintas de vida: las razas de perfección, el camino a la inmortalidad y el desarrollo técnico que evadía a los «seres» de los cataclismos seculares.

—¡Tal vez no, Haska! No tengo fe en esa expedición…

—Bueno, si no lo conseguimos no importa. Al menos lo intentaremos, del fracaso sacaremos experiencia y otros, tras repetidas intentonas, pueden conseguirlo. Alguien tiene que empezar. Ahora necesitamos gente, y en especial, un cerebro control versado en astronomía. Por esto he pensado en ti. Aunque no lo creas, eres el más entendido entre un trillón de «seres», Evermann. Sólo yo puedo controlar, pero si sigo haciéndolo, ¿quién dirigirá la expedición?

Evermann sabía que Clarke tenía razón. Además, se le concedía el honor de que sus hijos fueran en ella, escribieran sus nombres en las gestas más sublimes de la historia de todos los siglos. ¡La conquista del espacio-límite! ¡La frontera del vacío! ¿Qué podrían encontrar allí, después de viajar durante billones de años luz-fotón? —la luz-fotón representaba una velocidad de expansión de seiscientos mil kilómetros por segundo, descubierta hacía años a raíz de una vieja teoría llamada de los «corpúsculos luminosos ondulatorios». El fotón viajaba por el espacio a trescientos mil kilómetros, pero al mismo tiempo su diminuta masa vibraba en dirección a su velocidad radial a idéntica velocidad, lo que sumado, equivalía al doble de la velocidad de la luz.

—¿Tengo que aceptar? —preguntó Evermann con un hilo de voz.

—Sí. Cuando lo hagas, el senado de Kraaf registrará tu voluntad… Y si no estás conforme, olvidarás esta entrevista, utilizando un «equis» de

Tzinsky. En conciencia y derecho no puedo obligarte… —la voz de Clarke tenía ahora modulaciones de ansiedad—, Pero sólo tú puedes hacerlo, Evermann. No me haces favor a mí, sino a toda la humanidad. Un trillón de personas esperan, sin saberlo, claro está, la nueva constitución dinástica que encabezará Hert Evermann, el hombre más importante del universo… ¿Verdad que aceptas?

Y la voz de Evermann surgió de su garganta como un hilo inaudible. No obstante, el registrador de Clarke accionó al recibir el influjo modulado en su microencefalógrafo.

— Sí, Clarke… Por el bien del Universo, acepto sin ambiciones.

CAPÍTULO IV

Más de diez mil juristas se movilizaron en todo el Dominio Universal. Navíos sidéreos orbiformes cruzaron el cosmos llevando delegados a Kraaf. El primer decreto televisado del senador Kava fue cursado cosa de media hora después. Además se suspendieron todos los trabajos declarando la semana festiva.

Los telediarios, las placas radiovisoras de bolsillo, las públicas y oficiales, todos los comunicadores interestelares, dieron la noticia de la nueva constitución dinástica del doctor Evermann, el cual había sido relevado de su trabajo unas horas antes ignorando cuanto iba a significar su modesta persona para todos los «seres» del Universo.

El mensaje oficial de Kava, que fue escuchado y visto en todos los mundos habitados, decía así:

«A todos los «seres» de la Unión Universal, en el día de hoy, 1540 del Período Astral, el senado ha acordado la liberación del «Jefe», que pasa a ser un ciudadano más del lugar que libremente elija, y en su nombre y para fines científicos que se darán a conocer a su debido tiempo, se crea la sucesión dinástica, con todos los honores y atributos, para el doctor Hert Evermann, profesor de Astrofísica de Idoa y herederos a sus hijos, e hijos de éstos.

»Así mismo se faculta al doctor Evermann cualquier modificación del nuevo estatuto…»

Proseguía la proclama de Kava explicando ciertos motivos de índole

política para justificar el cambio transcendental y luego, al final del acta, un comunicado de la Junta de Juristas, quienes en un párrafo muy conciso y sin explicación, modificaba el Código de la Ley, suprimiendo la relacionada con Clarke, «poíno haber lugar», cosa que sin embargo, apenas prestó nadie atención, dedicados al júbilo de celebrar la fausta nueva.

¡El jefe ya no era un «ser» mitológico, misterioso y desconocido! Ahora pertenecía a la realidad, era como ellos, de carne y hueso, sencillo, modesto y sabio.

El grito de ¡Viva Evermann! surcó el espacio interestelar. Mil corresponsales de todos los telediarios y radiovisores informativos acudieron a Kraaf buscando información más amplia. Idoa, también, se convirtió en un hervidero, pues todo el mundo pretendía ver a la familia del nuevo «Jefe». Fue preciso movilizar ingentes grupos de servicio público para contener la muchedumbre.

Mark, al ser notificado de la festividad; se dirigió a casa de Loui Evermann, pero le fue imposible pasar; incluso Kra, que salió de la Oficina del Espacio después de ser liberado de la intervención gubernamental, pese a ir acompañado por una escolta de la policía que le abría camino por las calles, se vio también poco menos que impedido de entrar en su casa.

Todo el cielo de la urbe estaba surcado de bólidos inmóviles, rozando las cabezas de la multitud. Naturalmente se registraron muchos accidentes.

Por su parte, Eggy pudo al fin conectar con Frere, pero su conmutador llamaba y llamaba sin que nadie contestara, porque su novio y la señora Evermann estaban en el «solarium» respondiendo a las preguntas de la, prensa informativa. Reporteros de todo el universo habían invadido su casa, destrozándolo todo, en su afán de entrevistar a la familia.

¡Algo horrible! Todo había sido tan súbito e imprevisto que ninguno de los Evermann daba crédito al espectáculo del confuso tumulto. Kra ya tenía cierta práctica en los fervores públicos, por esto, su mejor idea fue recurrir al orden público de Idoa. Desde la cabina fonovisora del vestíbulo de su casa o «domo», como se decía entonces, llamó al comandante de policía, quien prometió enviar inmediatamente un equipo de emergencia.

De este modo, pudo al fin entrar en su casa, cosa harto difícil, pese a que todos le conocían como Kra

Evermann. Poco después las brigadas dispersaban a la multitud, que a causa de la fiesta promulgada por el gobierno invadía las calles como nunca, y por fin, tanto Mark como su hija Eggy pudieron penetrar en la mansión de Evermann.

La primera precaución de Kra cuando se vio dueña de su «domo» fue cerrar la puerta, correr las cortinas aislantes y dejarse caer en un extendido reclinatorio, lanzando un prolongado suspiro.

—¡Qué locura, Dios! —se quejaba la señora Loui.

—¡Es maravilloso lo que ha sucedido a Hert! —comentó jovialmente Mark.

Eggy y Frere, en un asiento de espuma, se miraban tiernamente a los ojos.

—Bueno, admito que debemos celebrar un consejo de familia —comentó Kra—. Pero necesitamos a papá. ¿Cómo podemos entrevistarnos con él!

* * *

Evermann subió al acantilado con Clarke, el cual estaba bastante alegre, como un niño con un fusil de aire y en rápidas palabras estaba explicando al nuevo jefe su misión técnica.

—¡…claro que todo esto lo puedes ir modificando! Es cuestión de método, pero te costará algunos años…

—¿Y no puedo estar con mi familia? Instalaría en casa la estación de control y…

—Puedes, sin duda; pero no te lo aconsejo. La misión del jefe es mucho más elevada que la de un ciudadano cualquiera. Pero tú mismo te organizarás a tu modo, si quieres. Yo siempre he creído que un gobernante debe estar alejado de sus gobernados, distante en tiempo y espacio. Si la gente te ve con frecuencia pueden crearse suspicacias, necesita tenerle en el hombre que le controla, se imagina así a un ser fabuloso y extraño y, precisamente, en esto radica la fuerza. Claro que tienes muchos modos de controlar, pero incluso así, no es tarea fácil.

Hablando de este modo condujo Clarke a su visitante a la cima del acantilado y penetraron en el bosque. Al principio, las lianas y malezas impedían ver lo que tenían delante, pero a poco de caminar se apercibió Evermann que estaban caminando por una especie de cinta de acero, que a modo de alfombra marcaba el camino. Poco después se abrió la espesura y pudo contemplar una extraña construcción de acero

brillante.

—Ésta es una de mis mansiones. El único ser que vive aquí soy yo y me sirvo de unos cincuenta hombres-máquinas, tipo «Zeta», pero muy perfeccionados. Incluso tienen ideas geniales y son mis asesores técnicos de control. Con esta placa, que después te daré —se golpeó Clarke el escudo-coraza que cubría el pecho con la mano enguantada—, lo controlo todo, a ellos también. Pero si alguno comete un fallo, se desconecta y queda anulado sin que yo tenga que intervenir… ¡Un recipiente corrosivo revienta en su interior y los desintegra!

Al decir esto Clarke señaló a un grupo de hombres máquinas que cuidaban un maravilloso y simétrico jardín. Eran «robots» de una novísima especie, muy semejantes al «ser» en su forma externa grácil y esbelta, aunque su «piel» era acero flexible y sus «órganos vitales» estaban compuestos de registros fotoeléctricos multicelulares.

—Voy a paralizarlos y ni se darán cuenta.

En efecto, Clarke pulsó un conmutador en su coraza pectoral y al momento, los hombres de acero quedaron rígidos e inmóviles. Uno de ellos sostenía una manguera de agua para riego y el líquido transparente que tanta maravilla causaba a Evermann continuó surgiendo hasta formar un gran charco.

—Sin ellos estaría perdido. Son incansables y se construyen y se reparan a sí mismos. Están basados en un tipo semejante a los que utilicé en la Guerra del Cosmos… ¡A la que debo mi suerte!

Al decir esto Clarke ensombreció su rostro. Luego lanzó un suspiro, dio al conmutador y los robots continuaron su labor como si nada hubiese ocurrido.

—Ahora te explicaré como fui vencido y castigado. ¿Ves esta mano que cubro con un guante? —levantó Clarke su miembro enguantado—. Me fue impuesta como indemnización de guerra… ¡Me amputaron! Y en su lugar los cirujanos me injertaron una mano artificial con un mecanismo cuya clave secreta se guarda en Kraaf, bajo custodia del Senado. Pero tampoco pueden utilizarla en contra mía, a no ser que se pongan los dos mil senadores de acuerdo. Y esto ha sido mi suerte y la de ellos, porque nos hemos controlado mutuamente durante muchos años.

Habían penetrado en el edificio de altos y lisos muros de acero y se encontraban en una estancia de reducido mobiliario, pero confortable. Clarke indicó a Evermann un sillón gris acerado —tal era el color y el material que imperaba allí— y se dirigió a un armario invisible. De él

extrajo dos botellas, vasos y tonificantes que situó en una mesita frente a Evermann.

Tomaron unas copas que al astrónomo supieron de un modo raro pero agradable y luego, sin previo aviso, Clarke se quitó el guante.

—¿Ves, Evermann? Éste fue mi sino.

El doctor pudo contemplar una mano perfecta… ¡Pero de acero flexible! Era una maravillosa pieza ortopédica, obra de un artista. Los dedos se movían con la misma facilidad de una mano de carne y hueso. Precisamente debajo del brazalete del control individual que llevaba Clarke cambiaba el color del brazo.

—No es fea, Haska, y me gusta —sonrió Evermann—… ¿Cómo la unieron?

—Por un procedimiento análogo al injerto plástico. Pero dentro de ella está situada mi espada de Damocles. Si utilizo esta mano contra alguien viviente, desapareceré poco después, me esconda aunque sea en el infierno, Evermann.

Clarke se cubrió la mano con el guante otra vez; luego su semblante sombrío se distendió y volvió a sonreír.

—¿Es bueno esto, verdad? —Levantó su vaso de cristal de sílice.

—Cierto, ¿qué es?

—Simplemente vino vegetal destilado…

—Curioso, ¿eh? Vivimos tan sintetizados que los antiguos productos «gene-biológicos» nos sorprenden. ¿Quieres creerte que hace un momento he visto el agua y un bosque por primera vez en mi vida?

Clarke se echó a reír alegremente.

Durante varios días sucesivos los dos hombres recorrieron el planeta en que vivía Clarke examinando su geología. Clarke fue explicando a Evermann la formación del suelo y las plantas.

—Hace poco esta atmósfera tan diáfana estaba turbia casi siempre, debido a las convulsiones del suelo, al humo asfixiante que vomitaban ingente número de volcanes, a la tierra revuelta, que incesantes cataclismos sacudían horrísonamente, levantando montañas del suelo blando y caliente. Líquidos hirvientes se filtraban a los nuevos abismos en un caos suprafantástico y las masas de agua hirviendo lanzaban al cielo vaharadas de vapor blanco y azul, junto con el color rojo del fuego escapándose por las fisuras de la superficie.

»Luego sucedíase un periodo de calma relativa, donde los elementos se calmaban para reanudar después su lucha; igual podía durar un día que un siglo, durante el cual el cielo se hacía otra vez transparente,

diáfano y luminoso, alumbrado por el sol, que en vez de apagarse brillaba de siglo en siglo con más fuerza. Los matices son aquí lucubraciones surrealistas: el suelo agrietado y yermo, quebrado, hendido, picos albos que de noche se vuelven negros, como un sudario de sombras.

»Más esta calma es ficticia, porque la tregua del silencio fragua otra nueva y más potente convulsión que estallará de repente desquiciándolo todo como sacudida por la ira de un gigante invisible.

»Y vuelve el fuego a barrer los valles, a cubrirlos con bloques de rocas incandescentes que caen en el marasmo, asolándolo todo, cubriéndolo de muerte y espanto… ¡Claro que no había vida aún! Pero del vaho del agua hirviendo surgían densas nubes que al condensarse se convertían en lluvia torrencial, tomando- parte también en esta batalla los elementos eléctricos de una atmósfera invadida de magnetismo y átomos electrificados, el rayo, la centella, de una potencia tan insólita que desgajaba montañas enteras y esparcía en la vorágine del aire su azufre ardiente impregnando aquel infierno con olores de angustia y horror, con espasmos violentísimos de destrucción… ¡Digo destrucción, porque en ello está la base de su construcción: así se construyen los mundos del universo, se estabilizan… para volverse a destruir otra vez!

»Y por fin vienen los períodos de calma, cada vez más prolongados. La retorta química natural empieza a reaccionar, intervienen naturales reguladores de calor, corrientes isobáricas e isotérmicas y las temperaturas se hacen estables fecundando las células genes simples que arraigan en el suelo y fecundan en tierra de abono tan virgen. El agua se enfría, se licúa, riega los suelos y crecen los primeros vestigios de vida vegetal…

»En este período de crecimiento estamos ahora. El hombre todavía no ha sido creado…

—Es todo un documental —admitió Evermann casi impresionado.

—Cierto. Lo tengo todo grabado en microcélulas que pueden ser proyectadas sobre cualquier pantalla… Supongo que no tendrás inconveniente que me lleve este material. Preparo una memoria para la Academia de investigaciones Geofísicas.

Evermann se echó a reír.

Al regresar de aquella fantástica excursión hizo llamar Clarke a todos los «hombres-máquinas». Eligió una amplia sala en uno de los pisos del edificio y allí, junto a Evermann y en presencia de los mudos testigos mecánicos, procedió a despojarse de la coraza que llevaba al

pecho.

Hasta aquel momento Evermann había creído que todo fue una especie de broma o sueño del cual no formaba parte, pero la seriedad de Clarke, incluso algo de su nerviosismo y torpeza, le indujeron a creer que el momento decisivo había llegado.

Clarke, quitándose los tirantes que sujetaban la coraza para desprenderla, con un poco de teatralidad hablaba a los robots:

— Amigos, esto no es ni más ni menos que un cambio de jefe… La prensa y radiovisión del Universo darían millones por presenciar este momento, ¿eh, Evermann? Estamos viviendo instantes históricos, esto no ocurre todos los años… ¡Te puedo decir que Kava y el senado no han dormido en varios días!… Bueno, fieles servidores, sois todos testigos que hago entrega del control universal a Hert Evermann, vuestro nuevo Jefe… ¡Poneos todos de rodillas! —gritó casi con cólera—. ¡No tenéis iniciativa propia, por algo sois tan bestias!

Con visible temblor de manos tendió Clarke la coraza a Evermann.

Mientras tanto el doctor se había desprendido de sus ropas quedando con el torso desnudo. Así pudo verse que era fuerte, pese a contar noventa años, aunque tal edad se consideraba plenitud en un mundo cuyo promedio de longevidad era ciento treinta o ciento cuarenta años solares, a excepción de los gobernantes de cuatro o cinco centurias y el propio Clarke, el hombre que vivía desde antes de la Guerra del Cosmos, en 5427 de la Era Cristiana. ¡Hacía ya algunos miles de años!

Un robot auxiliar entregó a Evermann una prenda interior muy suave y fina —«alta costura»— para que los cintos de acero flexible no rozaran su piel. Clarke quedó silencioso al ver a Evermann ponerse la coraza.

Tal objeto era una placa abombada de unos centímetros de grosor con dispositivos electrónicos de control adaptado a las pilas de la muñeca y era la obra de un genio científico que se inmoló a sí mismo en pro de la paz y cuya efigie se conservaba en todos los museos de historia del Universo.

Nadie más podría construir un radiocontrol semejante, y aunque la ciencia había adelantado muchísimo desde entonces, el procedimiento legal del «escrutinio» científico del cerebro en todos los hombres dedicados a la investigación evitaba el peligro de una reproducción. Tal era el objeto de la ley. Se permitía crear y desarrollar la industria y la ciencia, pero el control absoluto de todo técnico lo poseía el jefe y nadie

podía hacer mal uso de sus conocimientos.

En aquel momento terminaba Evermann de ajustarse el control. Clarke le entregó entonces la estación auxiliar que llevaba en la muñeca, quedándose él con su control individual, con el que iba a ser controlado en vez de controlar, como todo «ser» del universo. Pero tal había sido su deseo.

Cuando, algo nervioso, Evermann conectó la pila de la coraza comprendió al instante donde radicaba la fuerza y el poder del jefe.

¡El sorprendente descubrimiento le dejó aturdido! ¡Él era ahora el único sabio completo, el que podía coordinar todo el vasto Dominio Universal, penetrar en todas las mentes, escudriñarlas en los más recónditos pensamientos, gracias, claro está, a la labor prestada por los «hombres-maquinas», a los que a su vez controlaba!

Y una vez efectuado el cambio de mando, el primer registro modulado de un «ser» llegó a él, procedente de alguien que esperaba varios días ansioso: ¡El senador Kava!, quien dijo:

«—¿Evermann? ¿Evermann?

«—Sí, senador, ya está —respondió él «in mente».

Nadie, ni el mismo Clarke que conocía todos aquellos secretos, pudo oír su respuesta, ni siquiera intuirla.

«—¡Gracias a Dios!… Voy a dormir una semana seguida. Ya me ordenará usted después; esto está un poco revuelto… ¿Cómo está «él»?

«—Algo afectado, pero alegre, porque ya está como quería. ¡Ah, vaya usted preparando esa expedición de Haska, de Kra, y sobre todo, terminantemente prohibido que mi hijo Frere tome parte en ella. Que no se escatime nada… Ira también Mark, del observatorio astrofísico de Idoa. Yo, personalmente controlaré a distancia todo lo que pueda. ¿Comprendido, Kava?

«— ¡Perfectamente, Jefe!

«— ¡Y no me llame Jefe; se acabó, soy Hert Evermann!

El doctor sonrió y Clarke comprendió aquella sonrisa. Luego, a una orden del nuevo caudillo, los robots se retiraron y los dos «seres» quedaron solos.

—¿Te quedarás unos días conmigo, Haska? —preguntó Evermann cuando se dirigían al ascensor.

—¡Eh…! Sí, sí, unos días… Luego quiero ir a Kraaf a iniciar los preparativos. Allí me reuniré con tu hijo Kra. Tenemos mucho que hacer.

—Ya he dado instrucciones a Kava al respecto.

—¡Bravo, Evermann! Eso se llama empezar a actuar pronto.

Al mismo tiempo Evermann sintió el control de su familia.

«—Z-l, conmuta el inversor de visión a distancia —dijo para sí—. Quiero ver a mi familia y que ellos me vean.

Un «clic» metálico fue la respuesta de su hombre-máquina número uno. Y al momento vio en su mente Evermann cuanto ocurría en su casa, en la distante Idoa.

«— ¡Hola, Loui! ¿Ya no te acuerdas de tu marido? Llevamos bastantes años casados, ¿verdad? ¡Pero no te aturdas, mira hacia la pantalla del radiovisor… ¿Me ves ahora, querida?… ¡Cierra la boca, Frere, que se te ven las anginas! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cambios, pequeños!

Un fallo de Evermann.

«—¡Papá! —fue Kra el primero en reaccionar, abalanzándose hacia el radiovisor—. ¿Cómo estás?… ¡Oh, ese que está contigo es!

Kra Evermann fue el primer castigado por los registradores telementales de su propio padre. Una sacudida microeléctrica trastocó, dentro de la misma fracción de segundo, cierta célula neurónica de su cerebro. Kra apenas se dio cuenta del «shock», pero la presencia de Haska junto a su padre se borró automáticamente de su recuerdo, por un procedimiento análogo al empleado por los «Equis» de Tzinsky, y al mismo tiempo Clarke desapareció de la visión. Loui, Frere y Kra prosiguieron hablando como si no hubiese ocurrido nada.

«— ¡Anda, Frere, ve a abrir… Eggy está acercándose a la puerta! —dijo Evermann.

En el mismo instante el zumbador rojo dio el aviso.

«—¡Caramba, Hert!— exclamó la señora Evermann, sorprendida—. ¡Cuántas cosas han sucedido en poco tiempo! Y dime, ¿qué va a ser ahora de nosotros?

«— No te preocupes, Loui; debes acostumbrarte. Tú misma lo dices, todo ha cambiado. Ahora que no está ahí Frere, te diré, Kra, que he ordenado no vaya el chico a la expedición. Iréis tú y Haska y se os proveerá de todo lo necesario. Me interesa que Frere se case con Eggy. ¿De acuerdo?

«—Sí, papá… ¡Calla! ¡Ya vuelve!

«—¡Oh, el señor Evermann! —exclamó Eggy al verle en la pantalla visora, abalanzándose hacia allá. La señora Loui le pasó la mano por los hombros y acarició sus mejillas. Eggy era como de la familia—. No sabe usted el susto que me dieron… ¡Pasé un día que no puede usted imaginarse!

«—¿Cómo que no, Margri? —sonrió Evermann.

«—¡Ah, sí, perdón… olvidé que…! Bueno, me alegro muchísimo de verle bien. ¡Se ha hecho usted muy famoso en el nuevo estatuto declarado por el senador…! ¿Cómo se lla…? ¡Ah, sí, el senador Kava! Todo es tan emocionante. ¿Sabe usted que me han relevado de mi puesto en el archivo?

«—Tú también eres una chica importante, Margri —agregó Evermann.

«—Pero no me gustaría separarme de Frere —se lamentó ella mirando a su novio.

«—¡Vaya, ya salió la tonta! —intervino el aludido despeinándola en broma.

Después Evermann dio algunas instrucciones de tipo particular a su mujer e hijos y se despidió hasta pronto, cortando la telecomunicación.

* * *

—Has estado muy callado, Evermann —dijo Clarke—. ¿Ya empiezan, no?

—Sólo la familia —respondió el doctor—. Les he dado algunas instrucciones… Y bien, ¿qué quieres, Clarke?

—Facilítame una esfera de tiempo y me trasladaré a Kraaf. Jan y Frobo me llevarán luego a Idoa para iniciar los preparativos.

—Conforme —repuso el nuevo Jefe—, en la playa tienes la misma esfera que me trajo aquí a mí. ¿Algo más?

—Sí, necesito un honorario a cuenta de la expedición. ¿De qué voy a vivir mientras tanto, si no es así?

Evermann no tuvo por menos que echarse a reír. ¡Era verdad, el ex jefe había quedado pobre como un exilado o un paria! ¡Grotesco!

—El gobierno habrá dispuesto algo, ¿no?

—No te rías, Evermann. Sabes muy bien que no conté con esto. Era incorrecto citarlo siquiera. Kava pensó que yo decidiría, pero yo lo dejo a tu albedrío. Lo suficiente para vivir con decoro, viajar y poder comer… No quiero lujos.

Cuando Evermann dejó de reír, rozó con sus dedos los de Clarke.

—¿Es curiosa la historia, verdad Clarke?… ¿O quieres que te diga Haska? Lo has tenido todo siempre y ahora… El hombre más importante del Universo pide un salario. ¡Ja, ja, ja!

Clarke miró seriamente a Evermann.

—¡Vaya una gracia! —comentó mohíno.

—¿Te parecen bien diez mil monedas? —preguntó Evermann.

—¡Exorbitante!

—¿Cinco mil?

—Exagerado.

—Di tú mismo, pues.

—Quinientas —pidió Clarke.

—¡Pero si ése es el sueldo de un humilde profesor de astrofísica!

—¿Y qué voy a ser yo ahora? —sonrió Clarke.

Evermann decidió al fin y expuso:

—Pongamos mil, y si no las gastas porque estás solo y sin familia los ingresas en el ahorro estatal. ¡Y no hablemos más, Haska!

Poco después efectuaban la última comida de despedida. Seis hombres-máquinas sirvieron a gusto de Clarke, un plato antiguo a base de vegetales y carne vitaminizada natural.

—No me digas lo que es esto —dijo Evermann de buen humor—, porque ya lo sé. Pero te advierto, que aún sabiéndolo, hay motivos para preguntarlo. ¡Es sabrosísimo!

—¡Sorprendente, verdad!

Comieron en silencio, y al cabo de un intervalo, dijo Evermann de súbito, sin levantar la mirada de su plato.

—He pensado acompañarte a Kraaf. No. me acostumbro todavía a dirigir el control remoto. Quiero una entrevista personal con el senado para afianzar la nuevo constitución… ¡Estamos evolucionando, Clarke! —Hizo un guiño que sonrojó al aludido y añadió—: No me apura si me reconocen y me señalan con el dedo. Yo no soy John Clarke, Haska.

Éste se mordió los labios, pero no dijo nada. Supo Evermann que había molestado a Clarke, y procuró suavizarle brindando en voz alta:

—¡A tu salud, Haska!… Y perdona.

CAPÍTULO V

Al abrirse la esfera de cristal Clarke descendió primero, seguido de Evermann, quien dirigió el control para que desapareciese al instante. Unos segundos después, desde la arboleda avanzaron los dos robustos jovianos Frobo y Jan; sus rostros estaban alegres.

Después de rozar los dedos de Clarke y Evermann, Frobo, tocándose el control individual de su muñeca, preguntó en broma:

—¿Qué, Evermann; me lo quito?

—Tú mismo; ya sabes que tengo algunos hombres máquinas supervisando esto. Y por cierto no razonan… ¡Si quieres morir en el acto!

Frobo fingió un cómico estremecimiento.

—Y bien, Jefe —agregó Jan—, ves como tenía yo razón: no es Haska.

—Es Haska —respondió muy serio Evermann.

—Presencié aquella discusión y me hizo gracia —dijo Clarke.

Evermann miró de soslayo a Clarke, ya encaminándose todos al bólido de los jovianos, y dijo con gravedad:

—Haska, no tendré más remedio que desprenderte de alguna memoria. Saber del pasado tanto como yo es nocivo.

Clarke tampoco respondió, pero dio la impresión que palidecía un tanto. Ninguno de los jovianos alcanzó el significado completo de la frase de Evermann, por esto, ajenos al tema. Jan dijo:

—Tenemos aquí el autobólido. El senado nos está esperando.

—¿De veras? —preguntó irónico el doctor Evermann.

Todos se echaron a reír. ¡Excesiva democracia! Pero los dos generales del servicio secreto, todo lo que tenían de arrojados e intrépidos, también lo tenían de joviales y sencillos.

Ya en el cohete, rumbo a Kraaf, la conversación entre los cuatro personajes fue intrascendente. Evermann presentía las modulaciones de Clarke y estaba captando en él cierta desilusión. Sabía que su subconsciente no estaba muy satisfecho con lo que él mismo había hecho. Ahora era un hombre cargado de años, joven no obstante, con un siglo todavía por delante, pero sin ambiciones.

Lo único peligroso era su apatía, porque Haska debía dirigir una expedición al universo-límite junto con Kra. Así había sido acordado, y esto era un peligro. Un jefe supremo acostumbrado al dominio absoluto, convertido de pronto en un pequeño cacique aislado… Evermann, con todo el conocimiento adquirido, no podía prever el futuro hasta aquel extremo, pero era una inquietud más a tener en cuenta en el momento de sus decisiones.

Además, si se trasladaba al futuro con su máquina del tiempo, a su regreso, perdía todo lo presenciado. Aquel complicado mecanismo multidimensional tenía un funcionamiento lógico: examinaba y descubría el presente a cualquier distancia, pero el futuro quedaba vedado al mecanismo «ser-tiempo» básico en el desarrollo psíquico y metafísico de los hombres… ¡Pues nada podía avanzar un solo segundo de su tiempo!

—Ya llegamos, ves, Evermann —dijo Clarke disponiéndose a tomar el portaequipajes que había depositado en el suelo al subir al autobólido —. Ahí tienes a los reporteros de prensa y radiovisión.

—Ya lo sé… Acabo de dar una orden y actuarán del modo más correcto. ¡Ya lo veréis!

En efecto, cuando el autobólido de los dos jovianos se detuvo en la pista principal del espaciodromo, los representantes de la información universal estaban situados en dos grandes filas enfocando con sus tomavistas al grupo. Pero nadie, entre tres o cuatro mil hombres, se movió ni gritó, ni hizo manifestación alguna de abalanzarse, como era su habitual costumbre. El control distante de todos ellos estaba modulado por «Zeta-Uno» desde la estación registradora, que ahora dirigía Evermann. Y el resultado era perfecto.

Los micros transmitían a los tubos acústicos ferrofluóricos las palabras de los locutores pronunciadas al paso del reducido cortejo. Haska sonreía, aunque nadie le conocía. Detrás, los dos jovianos hacían

muecas a algunos periodistas conocidos que habían viajado otras veces con ellos por el espacio.

Allá al frente, en la gran cinta de la pista exterior a la plataforma de vuelos siderales, el senado en peso, iluminado por los rayos rojos del sol de Kraaf contemplaban y esperaban a Evermann. De entre ellos se destacó Kava, vestido con su clámide azul, distintivo de su cargo, y descendió la vastísima escalinata al encuentro de los recién llegados.

—Mucha ceremonia, Kava —reconvino Evermann cuando estuvieron uno frente a otro.

—Demasiado pacífico, querrá usted decir. ¿Calmó usted a esos come-noticias?

—Sí… ¿Está dispuesto ya el salón de la Asamblea? Hablaré para todos una sola vez… Adiós, Haska, aquí nos separamos.

Mil cámaras apuntaban hacia ellos en el momento que Clarke, el ex jefe, rozaba los dedos de su sucesor. Nadie comprendió a qué razón oculta obedecía aquel saludo público. Evermann quería así rendir tributo en presencia de todas las razas del Universo al ex jefe. Pero aunque nadie logró comprender, muchos fueron los que conjeturaron quién era el hombre a quien saludó Evermann. ¡El inmortal!

Los controles de los periodistas sufrieron por esta causa alteraciones masivas y «Zeta-Uno» funcionó a la perfección dirigido por Evermann. Así, la noticia divulgada por radiovisión decía:

«Al aparecer Evermann, erguido y soberbio como corresponde a su Alta Jerarquía, venía acompañado de dos pilotos del espacio y un desconocido, de quien se despidió de un modo efusivo. Interrogado después, dijo llamarse Haska e intenta por segunda vez una expedición para investigar el universo-límite exterior…»

¡Sí, «Zeta-Uno» funcionaba maravillosamente!

* * *

—¡Ya está todo, Kava! Conozco los proyectos del Senado y los apruebo, pero quiero hacer constar algo —dijo Evermann.

Ambos estaban sentados en el amplísimo despacho del presidente senatorial. Al fondo, tras el muro de cristal «inversible» —ellos podían ver al otro lado, pero no ser vistos— las estenógrafas trabajaban con los fonorregistradores, insertando en placas metálicas textos y discursos con

destino al archivo histórico-jurídico.

—¿Qué es? Nosotros no tenemos el privilegio de…

—¿Habéis pensado en que a Clarke le teníais sujeto y a mí no?

Kava juntó las palmas de las manos sobre la mesa y terminó por encogerse de hombros. Durante un largo intervalo no dijo nada. Su primera acción fue coger un tonificante de la cajita que había sobre la mesa e ingerirlo. Luego habló así:

—No es asunto nuestro, Evermann. Sabemos el poder que tienes y… Con toda sinceridad, Evermann, el cambio exigía ciertos riesgos que debíamos correr, sin duda. Yo, personalmente, no estoy arrepentido. Se hizo un meticuloso estudio de usted antes de elegirle… ¡En fin, no esperamos sorpresas! Y en caso de haberlas…, ¿cree que podríamos evitarlas?

—Sé que no —contestó Evermann, cuyo control estudiaba detenidamente las modulaciones internas del cerebro de Kava—. Precisamente por esto quise hablar personalmente con usted. La máquina más perfecta puede fallar en manos de quien no sepa manejarla con destreza. —Y bajando la voz, con triste acento, agregó—: La obligación de un dirigente es muy compleja, ¿verdad, Kava?

—Sí, cierto.

—¿Sabía Clarke que podía hacerle matar en cuanto tuviese el control en mi poder? —La sorprendente pregunta de Evermann hizo abrir mucho los ojos a su interlocutor. Incluso se levantó algo en su asiento desencajado. Luego se calmó y se sentó, sin decir nada.

Al cabo de una pausa, como Evermann no hizo ninguna aclaración, preguntó Kava:

—¿Es necesario, Evermann?

—Todavía no, pero presiento que lo será. Clarke es un genio diabólico, pero se ha equivocado y deduzco que la causa es el agotamiento. ¡Lleva miles de años pensando demasiado!… Yo soy bueno, Kava, en exceso, quizá por esta causa fui elegido. Aunque es mala psicología creer que un bondadoso no es capaz de cumplir con su obligación. Ayer mismo, mi propio hijo Kra recibió una prueba y tuve que accionarle para no revelar un secreto. Él no lo sabe, pero en cierto modo le perjudiqué. De no haberlo hecho así, habría sido necesario intervenir a toda mi familia…

—¿Qué pretende Ciar… digo, Haska?

—Por ahora el dominio del universo exterior y seguridad en regresar. Después, ignoro cómo, pretenderá apoderarse del poder

absoluto otra vez… ¡Y no sé si matarle o ayudarle a qué lo consiga!

—¿Por dónde va usted, Evermann? —preguntó Kava perplejo—. Me he desorientado hace rato.

—Si le mato perdemos una posibilidad de conseguir desentrañar el eterno misterio del universo exterior, y si vuelve con el secreto… ¿Qué, Kava, peligran las razas universales?

—Creo que no. Si consigue el triunfo merecerá le sea ofrecido el mando como homenaje… ¡A él sí que le podemos controlar!

Y al decir esto, Kava vio como el rostro de Evermann sonreía y se levantaba. Su porté era enérgico, magnífico, casi gigantesco. Kava sintió un estremecimiento porque su mente captó que Evermann había adivinado el misterioso secreto de Clarke. Y la sorpresa le hizo gritar:

—¡No, Evermann; eso no… la constitución!

—Quiero el control de Clarke… ¡Ahora mismo! —exigió Evermann inflexible.

—¿No… nos está… imponiendo su voluntad, Evermann? —tartamudeó Kava.

—Sí, porque no quiero manejos políticos.

Los dos hombres se miraron fijamente y Kara terminó abatiendo la mirada, dándose por vencido. Sabía que había perdido, pero como en su fuero interno contaba perder, no sufrió gran desengaño. Era mejor dejar el juego en manos de Clarke y confiar en que Evermann fuese noble. Aquello formaba parte del riesgo que había discutido con Clarke… Durante aquellas deliberaciones que precedieron a la elección de Evermann, Kava había abrigado la esperanza de hacerse con el mando supremo, pero estos pensamientos no los podía tener ahora, a menos de introducirse en una cámara aisladora… ¡Pero esto también lo sabía Evermann!

Y si alguno de los participantes en el fabuloso complot intentaba hacerlo… Bueno, «Zeta-Uno» sabía obrar y la muerte era la única recompensa. En el espacio-límite, tal vez Clarke pudiera evadirse a su control, pero a su lado estaría Kra con instrucciones terminantes. Evermann estaba dispuesto a todo con tal de conseguir respeto a los derechos del «ser» universal, cuya causa tenía la obligación de defender. ¡Y esto significaba la muerte anónima de Clarke en caso de sedición!

Al salir aquella noche de Kraaf, Evermann poseía el control de Clarke que consternados le habían entregado los miembros del Senado.

* * *

Cuando Evermann llegó a media noche a Idoa, después de atravesar las solitarias regiones siderales, se hizo acompañar por los dos jovianos, que había constituido en acompañantes suyos, hasta Su propia casa. Y al detenerse en la puerta, con sorpresa, porque Evermann poco experto había dejado el control en poder de «Zeta-Uno», su hombre-máquina de confianza allá en los comienzos de la época terciaria de la Tierra, vio a Eggy salir de ella.

—¡Señor Evermann, qué alegría! —prorrumpió la muchacha al reaccionar y echándose al cuello del padre de su novio.

—¡Hola, Margri! ¿O eres Eggy? —sonrió Evermann.

Los dos jovianos habían quedado dentro del auto-bólido esperando órdenes y no pudieron presenciar este singular encuentro de su jefe.

—¡Eggy, señor Evermann!… ¡Qué contenta se pondrá la señora Loui! Frere se disponía a irse a dormir en este momento.

—Pues vuelve a subir, Eggy —repuso sonriente Evermann—. He estado fuera algunas semanas y quiero celebrar una fiesta familiar…

Y añadió por el telecontrol:

«—¡Mark, te ordeno que vengas inmediatamente a mi casa y trae a tu esposa!

Mark yacía dormido en su lecho de espuma y se despertó de un salto al recibir la modulación de su cerebro. No había vuelto por el laboratorio desde la promulgación del nuevo estatuto y pasaba una vida bastante aburrida, pese a que discutía constantemente con Kra sobre ciertas particularidades del futuro viaje, que le habían comunicado de Kraaf, iba a tomar parte también.

Evermann le dejó llamando a su esposa y vistiéndose apresuradamente. Con Eggy cogida del brazo entró en el vestíbulo de la casa. El ascensor neumático les subió a la morada y antes de abrir la puerta, avisó a todos sus ocupantes.

La única en dormir era Loui, pero se despertó gritando de júbilo. Kra estaba en su despacho estudiando ciertos datos astronómicos y Frere se disponía a irse a dormir después de haber estado bailando en el «living room» con Eggy toda la noche, al ritmo de la distante música de Brasilia, la ciudad del recreo.

— ¡Aquí está papá! —gritó Frere estruendosamente.

En el mismo tiempo aparecía Evermann en la antesala llevando a Eggy cogida del brazo.

«—Frobo, trae aquella caja que dejé en el bólido —ordenó Evermann

por su control.

«—¡Allá vamos…! ¿No seremos muchos, dos? —preguntó riendo el joviano—. ¡Si dejo solo a Jan se marchitaría!

«— ¡Ea, venid los dos, pronto!

Mientras decía esto, Evermann abrazaba a sus hijos y esposa. La convulsión de su llegada incluso despertó a gentes del piso de arriba, pese al completo aislamiento de los sólidos muros, pues Frere daba saltos grotescos de alegría tan estridentes que hicieron intervenir a Eggy, reprochándoselo.

—Vamos a hacer una fiesta… ¿Comeréis algo? —sugirió Evermann.

Varias muecas de desagrado le hicieron sonreír. Pero sabía que comerían todos.

—No, no insisto; traigo una cena exótica que no conocéis. Eggy, tú que has sido la última en salir de la escuela y recordarás aún la filología debes saber lo que es «champagne», «caviar», «ostras», «salmón», etcétera. ¿Antecedente histórico-gastronómico? ¡Échale algunos siglos y vuelve a la Era Cristiana…! ¡Ah, acertaste!

—¡Oh, señor Evermann, debe ser maravilloso todo eso!

—No debe ser, lo es… Pero ojo, Frere, vigila Eggy, que van a venir dos jovianos esbeltísimos.

La muchacha hizo un mohín de fingido fastidio.

—¡Jovianos, puaf; cualquiera diría! ¡Me gustan más los «escorpiones»… ¡Vi el otro día uno dentro de un bólido verde en la pista rápida número cinco…! Si no es porque quiero tanto a Frere me hubiera ido con él, porque me miró de un modo…

Todos rieron menos Frere, quien se sintió algo molesto a causa de los injustificados celos. Pero ella le besó riendo y pronto se le pasó el enfado.

Casi de un modo simultáneo, entraron los dos jovianos y después Mark y su esposa. La llegada de los dos jovianos fue muy espectacular, porque traían una caja de un compuesto extraño —¡simplemente madera vegetal!— desconocida en Idoa y Eggy se vio precisada a decir para sus adentros que los dos generales del servicio secreto eran dos hombres apuestos. Evermann, que la tenía registrada sonrió para sí al captar el pensamiento ingenuo de la muchacha, pero no se inquietó porque los demás módulos vibratorios eran juiciosos.

Lo más emocionante fue la entrevista entre Mark y Evermann. El padre de Eggy apareció en la puerta, vaciló durante unos segundos y luego avanzó hacía su antiguo amigo, desviando la mirada lleno de

emoción, pero brillantes los ojos. Evermann captó su «shock» mental muy intenso.

Al fin los dos hombres se rozaron los dedos sonrientes. Después emplearon el saludo familiar: se abrazaron.

El impresionante silencio de las dos familias, cuya alegría les había enmudecido, fue roto por el estruendo de Jan al reventar la caja de madera para sacar los objetos allí contenidos.

—¿Ves, Frobo? —dijo Jan—. Esto lo trajo Evermann de algún lugar lejano en el tiempo. Lee lo que dice aquí… Son letras y las aprendí en la escuela hace tiempo.

—¡Diablos, Jan; esto debe ser antiquísimo! Aquí dice la fecha… supongo que querrá decir 1990… ¿Mockba? ¿Qué significa esto?

Como ya la tensión entre Mark y Evermann había sido hita, ahora fue este último quien contestó a Frobo:

—Eso es «caviar» y Mockba es el lugar donde fue envasado… ¿No sabéis lo que es «caviar»? ¡Sois muy ignorantes! —rió Evermann.

—Bueno, dinos lo que es, papá —intervino Frere.

—¡Es que yo tampoco lo sé! —la franca carcajada de Evermann atronó toda la casa—. Bueno, creo recordar que se trata de óvulos o huevas de esturión, pero no lo he probado nunca. Un raro pez de río…

—¿Pez-río? ¿Todo eso comía la gente de entonces?

Evermann acudió a su registro histórico e indicó por fin la procedencia y origen de todo aquello.

—Pertenece a mi despensa de la Tierra —terminó diciendo—. Vivo allí en un período de más de cien millones de años atrás, pero el tiempo no importa. El jefe anterior tenía provisión de sus viajes por los siglos v como mis hombres-máquinas no comen nada más que lubrificantes, traje una muestra para que probéis un «viejo yantar». Si no me equivoco no os hará daño…

Poco después, en sana alegría comían todos de aquellos manjares en conserva, convenientemente preparados por la señora Loui, de acuerdo con las instrucciones de su marido. ¡Era tan distinto a las píldoras alimenticias de las comidas cotidianas que incluso hubieron de improvisar platos! El efecto peor lo causó el «champagne», que a todos se subió a la cabeza, menos a Evermann, que hizo muy poco uso, ya conocedor de sus efectos. ¡Cómo reiría «Zeta-Uno», de poder reírse, al recibir sus modulaciones entre hipos!

Después de cenar, Jan y Frobo efectuaron varios ejercicios acrobáticos de gran mérito, para entretener a los demás. Eggy y Frere

bailaron un poco y luego se persiguieron por toda la casa como dos chiquillos. Kra y Mark bailaron con su madre y esposa respectivamente y luego cambiaron las parejas. Por lo visto estos cambios gustaron a Jan y Frobo, porque inmediatamente estaban bailando ellos también, y después, con los sucesivos cambios, todos bailaron con todos: Frobo con Kra, Loui con la señora de Mark y éste con Jan… ¡Era un lío tremendo!

Eggy y Frere habían desaparecido, pero Evermann sabía que la muchacha estaba auxiliando a su novio a causa de los vómitos que le produjo la bebida. No estaba Evermann preocupado por nada y más bien complacido, ajeno a todo…

Pero en aquel momento su telecontrol funcionó urgente, haciendo parpadear uno de los ciclotrones violeta de la coraza. Evermann recibió un mensaje ultrarrápido.

* * *

Al despertar el senador Kava, su pensamiento fue de desastre. Una sombra oscura interceptó los rayos infrarrojos de su calorífero interior, porque en Kraaf había bastante absorción de calor durante la noche, al mismo tiempo que dos manos aceradas y punzantes atenazaban su garganta.

¡Un segundo después moría Kava sin lanzar siquiera un estertor!

El único testigo remoto de aquel asesinato fue «Zeta-Uno», el robot control de Evermann, al perder el contacto vital de Kava…

* * *

El control de Evermann buscó a Clarke y le encontró durmiendo tranquilamente en la habitación de un hotel de Kraaf. ¡Inocentemente!… ¿Quién dirigía aquel robot? ¿Era aquel el peligro que había estado intuyendo? Pero sus temores se fundaban sólo en los manejos que precedieron a su nombramiento como Jefe Supremo del Dominio, y estos fueron iniciados por Clarke y Kava.

Kava había muerto hacía unos segundos y Clarke dormía, al parecer ajeno a todo. ¡Un asesinato no había ocurrido en muchos siglos! Puesto que los controles orientados por «Zeta-Uno» eran rigurosos; de esto no podía Evermann tener duda alguna.

Pero la duda existía, puesto que un robot dirigido por alguien «sin control» había cometido un crimen. ¡Y esto era lo sorprendente!

«—¡Haska, despierta! —ordenó Evermann.

El aludido se incorporó en el lecho y miró al vacío con ojos muy abiertos. Al principio no coordinó; Evermann percibió sus modulaciones confundidas y desequilibradas. Luego se serenó y prestó atención.

«—¿Qué sucede, Evermann? —interrogó su mente.

«—¡Kava ha muerto…! Ha sido asesinado en su cama por un robot extraño.

«—¡Imposible! —gritó Clarke en el paroxismo de la más aterradora sorpresa.

«—Y su control no ha funcionado… ¿Hay algo oculto detrás de todo esto? ¡Contéstame!

«—¿Qué quieres decir, Evermann? Yo no dirijo ahora, pero lo que dices, teóricamente es imposible. Un robot tiene que ser manejado por alguien.

«—Te estoy leyendo el pensamiento, Haska —dijo insinuante Evermann—. Y te voy a decir que el senado me dio tu clave secreta de registro, con la cual puedo destruirte ahora mismo. No quiero juegos extraños y tú eres el único que puede proporcionármelos. ¿Comprendes, Haska?… Es un aviso, es preferible ser sinceró y «fair play» de ahora en adelante. Además, ahora que está el dominio en mis manos, no pienso devolvértelo, porque lo creo un peligro para el universo entero… ¡Y si te consuela, te diré también que tu vida vale lo mismo que la de cualquier otro….

«—¡No, Evermann, no puedes hacer eso!… ¡Tú eres un hombre justo!

«—Precisamente —terminó Evermann—. Averiguaré quién hizo matar a Kava y los medios que ha utilizado. ¡Te lo digo, Haska, como encuentre el más leve indicio de tu culpabilidad…! Ya lo sabes. ¡Serás tu propia ley, pero silenciosa! Buenas noches, Haska.

Durante el resto del tiempo supo Evermann que Clarke no pudo dormir. Pero debían de pasar más cosas aún.

La fiesta seguía en la «domo» de Evermann. Mejor dicho, no había sido interrumpida ni un sólo instante. El tiempo invertido por el cerebro de Evermann en emitir sus pensamientos y el de Clarke en recogerlos, transcurrió en fracciones menores a décimas de segundo, teniendo en cuenta que los controles viajaban a cien añil años luz de distancia, desde Idoa a Kraaf, espacio que recorría una veloz astronave tipo bólido en poco más de dos horas.

¡Penque el sistema de control empleado en las comunicaciones

mentales era simultáneo!

CAPÍTULO VI

Era lo más insólito que podía haberle sucedido a Evermann. Un crimen a las tres semanas escasas de su gobierno no tenía explicación. Todo el universo conocía su control completo en el pensamiento y obra de un trillón de seres. Evermann disponía de todos los secretos, pero… ¡Alguien había asesinado a Kava! Y los registros no habían dado referencia de ningún «ser». Sólo Kava, durante unos segundos, reflejando el terror en su mente, avisó a «Zeta-Uno» a través del cual se enteró Evermann en el mismo instante.

Pero el robot —de tal dio constancia el propio Kava al instante de morir— no podía obrar solo. ¡En un universo cuyos habitantes tenían los secretos en poder de su autocontrol, todo debía de saberlo Evermann!

Y éste sospesaba todo esto durante el trayecto de Idoa a Kraaf, a bordo del bólido de los dos jovianos. ¿Podría haberse escapado alguien al control? Clarke era el único, por conocer mejor todo ello…

«— Tzinsky —El científico de Idoa estaba en su laboratorio de Idoa, enfrascado en profundos cálculos, pero ni se inmutó al ser interpelado por Evermann, a través de la distancia—, ¿puede alguien dirigir un robot sin modular la voluntad de sus ideas?… ¡Han matado al senador Kava!

Ahora, la inmutabilidad del hombre de la perilla se alteró visiblemente. Su cráneo dolicocéfalo se zarandeó de un lado a otro, como si estuviera conversando directamente con Evermann.

«—Pero ¿esto cómo puede ser?… No creí a nadie capaz de evadirse

de su propio control. ¡No ha sucedido jamás!… ¿Y ha sido un robot de los míos?

«—No sé todavía; los registros no funcionaron y… Pero no creo que hayan sido tus «zetas»… Déjalo, Tzinsky y olvida.

Jan y Frobo no dijeron una palabra durante el transcurso del viaje. Veían a Evermann demasiado enfrascado en sí mismo y comprendían, por lo precipitado de la marcha, que algo grave había sucedido. Aunque ignoraban se trataba de una muerte. ¡Nadie podía imaginar cosa semejante!

En aquella sociedad vastísima, todo cuanto hicieran los «seres» estaba previsto. Un control individual de muñeca no podía dejar de funcionar nunca y en caso de arrancárselo alguien, su muerte era inmediata: ¡electrocutado! El registro de control era una especie de pequeño reloj herméticamente cerrado de metal itérbico, color verde jade y sus radiaciones estaban relacionadas con las células del cerebro de forma que un pensamiento, por muy breve que fuera siempre quedaba registrado en los controles de los «Zetas» auxiliares de Evermann en la estación del tiempo. Pero registrar constantemente los pensamientos de tantos «seres»… ¿no podría haber un fallo?

Esto Evermann no podía asegurarlo. Pero su principal sospecha era que Clarke había fraguado todo aquello, después de descubrir un método secreto para evadirse de los registros. Evermann pensaba que Clarke empleaba dos juegos: uno encaminado a engañar a todo el universo y otro, más gigantesco y atrevido aún, que consistía en revolucionar con algún fin, todo el sistema social perfecto. Pero, para conseguir esto, debía contar con algo que quizá había estado madurando durante siglos de rencor…

Evermann se sentía casi impotente de solucionar aquel problema. La noticia de la muerte de Kava no la sabía nadie todavía. Tzinsky había sido afectado también de «olvido» después de su breve charla, pero convenía averiguar cuanto antes qué se escondía tras aquella muerte o el prestigio del nuevo jefe peligraba.

La llegada a Kraaf se efectuó a primeras horas de la madrugada. El espaciodromo estaba silencioso y solitario. La torre de observación registró la llegada del bólido privado de Evermann y puso a su servicio inmediatamente un vehículo que pilotó personalmente él, para trasladarse a la ciudad. Escasos minutos más tarde se encontraba ante la espaciosa residencia de Kava.

Controlaba la presencia de personas dormidas allí dentro: la esposa,

y los tres hijos y varios secretarios del senador, así como algunos domésticos mecánicos, todos ellos ignorantes que bajo el mismo techo albergaban un cadáver.

La puerta principal estaba cerrada. Pero, dando la vuelta al edificio, desde la plataforma de un aparcadero de vehículos, encontró una brecha en el muro, producida por un desintegrador. Penetró por allí, sabiendo que era el camino seguido por el robot asesino y orientándose, tras ascender una pasarela espiral, se encontró ante el dormitorio del senador, cuya puerta estaba abierta, mostrando evidentes señales de haber sido forzada con algo altamente corrosivo. Evermann se dio cuenta de que habían empleado un desintegrador de gran potencia, pero de efecto silencioso, porque de no ser así habría despertado a toda la familia.

Encontró a Kava rígido en su lecho de esponja. Tenía el rostro violáceo y el cuello mostraba evidentes síntomas de estrangulación, aunque algo así como pinchazos de los que habían brotado coágulos de sangre se precisaban con la simetría de los dedos de una mano.

El asesino era, pues, un robot cuya construcción tentacular era semejante al «homo». Pero ¿de dónde había salido tal máquina diabólica? El doctor estaba perplejo y contrariado en grado superlativo. La puerta indicaba violencia y precipitación, pero ni una huella más.

Luego siguió los pasos que debió seguir el robot después del asesinato y regresó a la brecha del muro que daba al aparcadero de vehículos, pero el suelo de acero no permitía descubrir huellas indicadoras. Vio Evermann, no obstante, que el robot sólo habría podido dirigirse hacia la derecha, porque el aparcadero estaba circundado por altos edificios. La única salida de vehículos estaba a menos de doscientos metros y comunicaba a una gran arteria urbana de gran tráfico.

El examen detenido del terreno circundante convenció a Evermann que el robot-asesino debió, forzosamente, dirigirse hacia allá. Pero sin duda llamaría la atención a alguien, dada su insólita característica. También podía haber ido y venido en un autobólido por el aire, pero esto forzosamente requería el concurso de algún ser, puesto que una máquina no podía pilotar un vehículo, a no ser que estuviera construido para esta misión, en cuyo caso debía ser un robot en exceso perfecto.

Caminando por la explanada hacia la salida, iba Evermann pensando en todo esto. Había luz suficiente, procedente de los focos de iluminación catódica, para divisar los contornos, pero no se dio cuenta

de un extraño objeto que estaba erguido e inmóvil entre dos vehículos. Mejor dicho, lo vio y se dijo debía tratarse de alguna pila de aprovisionamiento atómico, dada su forma de poste metálico.

¡Pero al pasar casi frente a él ocurrió algo asombroso!

Aquel objeto despidió súbitamente un intensísimo rayo de luz. Surgió de un ojo-ciclotrón que tenía situado a metro y medio sobre el suelo —la altura del pecho de un ser corriente— y su trazo fue tan simultáneo que al quedar bruscamente parado en seco Evermann, avisado por un sentido que nada tema que ver con sus registros de control, y la luz se deslizó rauda ante él a escasos centímetros de distancia. Una explosión horrísona conmovió acto seguido el ámbito, al estrellarse el rayo desintegrador sobre un vehículo situado al otro lado del aparcadero.

Las células de seguridad de Evermann funcionaron tan simultáneamente también, que se dijo debía ser obra de «Zeta-Uno» con el control remoto, pues al mismo tiempo dé doblar las rodillas y caer al suelo, su ciclotrón desionizador irradió luz destructora.

El mensaje que «Zeta-Uno» —en efecto, se trataba de él, desde la otra esfera del tiempo— fue fulminante, segándolo por la mitad sin producir un chasquido siquiera.

Evermann estaba medio aturdido de la explosión provocada al estallar el motor atómico del vehículo. Afortunadamente fue sólo onda expansiva y no se produjo reacción en cadena, como la que produce una bomba, dado que el motor, aunque funcionaba con el mismo sistema de fisión atómica, su carga es reducidísima, para evitar las nocivas radiaciones dentro de la metrópoli. No habría sido lo mismo con el gran motor de un navío sideral, cuya explosión habría convertido en ruinas casi toda la populosa ciudad de Kraaf.

No obstante el aturdimiento, Evermann reaccionó al instante, porque ya empezaron a brotar luces indicadoras de alarma y, corriendo, se acercó al robot destruido. Era importante poder examinar aquellos restos y constatar su funcionamiento y construcción.

Así, pues, lo primero que hizo fue recoger los fragmentos de metal retorcido y colocarlos en un bólido abierto que había junto a él. Entonces se dio cuenta que excepto cabeza, la estructura de aquella extraña máquina, era similar a un homoide, pues disponía de brazos y piernas articuladas. El pecho había quedado destruido por el ciclotrón, pero el resto podía ser examinado.

Ya casi contento, subió al bólido y unos segundos después se alejaba

hacia la arteria principal, cuando en el aparcadero surgían ya los primeros «seres» que acudían a indagar la causa de la explosión.

* * *

—¿Qué os parece esto? —preguntó a Frobo y Jan mostrándoles los despojos del robot asesino.

Los dos jovianos miraron aquellos restos destrozados, valiéndose de sendas lámparas portátiles, y luego se miraron entre sí.

—¿Qué clase de «bicho» es? —preguntó Jan casi al instante.

Con breves palabras explicó Evermann la muerte del senador Kava y su tropiezo con aquel robot, Al oírle, los dos jovianos se quedaron como quien ve la visión más absurda que imaginar se pueda. En sus mentes no cabía la idea de la muerte violenta.

—¡Esto te desprestigia, Evermann! —acertó Frobo—. Y precisamente a los pocos días de tu debut como jefe… ¡Hace muchos años que no ocurría nada semejante en todo el Universo!

—Estoy de acuerdo contigo, pero no he podido evitarlo.

Esta nueva declaración de Evermann hizo mirarse a los dos jovianos entre sí. En su interior aquello era todavía más absurdo, sabiendo que el jefe es alguien cuyos conocimientos, gracias a sus controles de registro, eran sobrehumanos.

—¿Que no pudiste evitarlo? —repitió Frobo. Su sorpresa era tal que se apoyó en su compañero, no menos boquiabierto que él.

Evermann les hizo un resumen telemental de los hechos. Los registros neurónicos eran más explícitos que las palabras y al fin comprendieron los dos pilotos.

—Os digo esto porque hay un gigantesco complot fraguado con algún objeto, complot que sin duda está encaminado a desprestigiarme. Pero lo absurdo es que no había necesidad de todo esto. Con no elegirme estaba solucionado…

—Presiento que van a suceder cosas peores —musitó Jan.

—Ya sé que lo presientes, como también sé que el concepto que tenías, no de mí, sino de lo que represento y puedo hacer, ha decrecido bastante.

—¡Bueno, yo…! —se excusó Jan.

—¡Ea, subid esto a bordo y vamos a Idoa! Tzinsky tiene que examinarlo y explicarnos cuanto antes el origen de este aparato.

Pero el informe que algunas horas más tarde dio el sabio de origen asiático, fue sorprendente, aunque poco aclaratorio.

Se encontraban en el laboratorio electrónico del gran «building» de cristal de Idoa. En aquel confuso espacio de aparatos, sólo estaban los dos jovianos, Tzinsky y Evermann. Los comprobadores utilizados por Tzinsky empezaron a funcionar sobre el material de que estaba compuesto el robot destruido.

Tzinsky sacudió la cabeza varias veces. Al rasgar con un pequeño soplete desionizador la envoltura y extraer parte de los registros, volvió a sacudir la cabeza. Jan y Frobo se inclinaron por encima de su hombro para ver lo que hacía, pero Tzinsky se volvió y con el ceño fruncido los apartó empujándolos.

Luego hizo una seña a Evermann, quien estaba examinando los tentáculos que servían de manos y que coincidían exactamente con las heridas que Kava presentó en el cuello. La memoria de Evermann no podía fallar en esto.

—¡Es lo más insólito que he visto en mi vida, Evermann! —dijo Tzinsky—. Sólo un genio ha podido crear este robot completamente distinto. Su funcionamiento se escapa a mi comprensión… ¡Claro que falta algo que quedó destruido!… Pero los dispositivos de movimiento son fantásticos.

»Las articulaciones se mueven debido a vibraciones producidas por campos que están más allá del ultravioleta…

—Pero ¿yo quiero saber si este robot es capaz de obrar por su cuenta? —atajó Evermann.

—¡Imposible! Ningún robot tiene iniciativa propia. Todos deben ser dirigidos, o creados para una función específica. No creo que la de matar sea la de este objeto, pues por esta causa igual da matar a uno que a otro.

—Así pues, nos encontramos en una encrucijada. Este robot ha sido creado por alguien que escapa a todo control.

—¡Eso no puede ser, Evermann!

—¡Pues explícamelo de otro modo! ¡Yo no entiendo!

Los cuatro hombres se miraron entre sí durante un buen rato. Tzinsky se rascó su deforme cabeza y terminó sentándose al borde de un reclinatorio elástico-metálico.

El diálogo se efectuó ahora entre él y Evermann, dejando a un lado a los dos jovianos porque se efectuó por medio de sus cerebros telecontrolados.

«—¿Estás pensando en «Él», Tzinsky? —interrogó Evermann.

«—Si… Preguntándome hasta dónde ha podido llegar. He vuelto atrás, a los días que sus mensajes llegaban a mi cerebro escudriñando mis conocimientos. Igual podía hacer con los tuyos, ¿verdad? ¡Tú sabes mejor que yo quién es él!

«—Sí que lo sé. Y me da la impresión que su mente está demasiado retorcida, es tortuoso. Te daré datos para que analices valiéndote de tu cerebro encefalográfico y después te los volveré a quitar. Tienes que ayudar a salvar a la humanidad, Tzinsky. El tiempo sigue pasando y la familia no puede estar ignorante tanto tiempo. Los he hecho intervenir por la policía, pero tengo que resolver pronto.

«—Está bien, Evermann. Dedicaré todo mi tiempo a esto… Aunque no lo he hecho jamás, buscaré ayuda entre mis colaboradores y espero poder darte un informe hoy mismo. Vete tranquilo.

Cuando salieron al «iglo» donde vivía Evermann, los dos jovianos que seguían a éste estaban sumidos en profundos pensamientos, naturalmente estudiados por Evermann.

—Iremos a mi casa. Quiero poner a mis dos hijos en marcha. Los casos de emergencia los declaro yo, ¿comprendido?

Ninguno de los dos replicó.

El regreso de Evermann a su «domo» sorprendió a toda la familia durmiendo. En verdad habían transcurrido pocas horas desde su precipitada partida, pero todavía seguían bajo los efectos del «champagne». Encontraron a Eggy durmiendo en un reclinador de esponja junto a la puerta del «living».

Contemplaron los tres hombres la serena belleza de la muchacha y Jan dio con el codo a su compañero Frobo. El registro de Evermann, sin embargo, aturdió su mente con un ligero «shock», porque tal pensamiento no agradó al futuro suegro y Jan terminó sonriendo.

—Perdón —dijo.

El despacho de Evermann estaba tal y como lo había dejado semanas atrás al marchar a su trabajo, de donde salió para emprender la más fantástica aventura de toda su vida. En él penetraron los tres hombres y Evermann indicó a sus acompañantes que se sentaran. Un instante después, acudían Frere y Kra, que habían sido llamados mentalmente por su padre.

Después de dar instrucciones, durante largo tiempo, Evermann terminó diciendo a sus hijos:

—Así, pues, en marcha. Frere y Eggy irán ahora mismo al pasado, a

mi mansión de la Tierra. El motivo podéis figurarlo: quiero asegurar la descendencia y la seguridad del mando. Allí nadie puede alcanzaros, pues Ja Tierra está todavía en período de creación y es casi un paraíso…

«—¡Cállate! —gritó su mente haciendo enmudecer al hijo menor.

—No puedo prever el futuro… Kra, tu irás con Haska a una exploración preliminar, pero contigo estarán Jan y Frobo… ¡La orden es de matar si llega el caso! ¡Matar antes de ser muertos! Tzinsky os proporcionará tres desintegrantes invisibles, pero cuidado que su uso es peligroso y sois los únicos qué dispondréis de tales armas, que además están prohibidas.

Kra asintió y los dos jovianos se miraron sin declinada. No podían pensar mal porque sus mentes estaban controladas; por esto sabía Evermann que la misión era grata para ellos.

Acababan de comprender lo que significaba Haska para el universo entero y si los temores de Evermann se confirmaban, el ex jefe debía morir a sus manos. Y la orden dada por Evermann a su hijo Kra, fue extensiva a ellos dos también.

—Si me equivoco… ¡Aceptaré las consecuencias! —terminó diciendo el doctor con triste acento.

Cuando salieron los dos jovianos a iniciar los preparativos al espaciodromo, Jan preguntó a Frobo:

—Todo parece indicar que con esta expedición se va a solucionar el problema, pero ¿qué significado tiene esta exploración?

—¡Eres un estúpido, Jan!… ¿No recuerdas que Haska intentó este viaje hace tres años y no pudo llegar? ¡Entonces él era el «Jefe»! Pero murió casi toda la expedición.

—Sí, todo eso lo sé; pero ¿qué esperan encontrar allí?

Y Frobo respondió displicente:

—El origen y fin del universo, nada más… ¿Cómo se formó el primer átomo de materia, Jan?

—Bueno, esto no lo sabe nadie todavía… ¿Y crees que nosotros vamos a descubrirlo?

—Es posible, puesto que la matemática cosmogónica demuestra los ciclos infinitos en «enésima» evolución…— ¡Eh, alto ahí, Frobo hermano!… Sé suficiente astronomía y astronáutica para poder pilotar el vehículo más perfecto que existe sin perderme por cualquier campo sidéreo, pero defíneme los tan cacareados «ciclos infinitos»…

Frobo se echó a reír. Luego se quedó rígido mirando estúpidamente

a su compañero. Porque en su mente fue penetrando la explicación que le enviaba Evermann por el modulador de telecontrol. Y como un autómata fue repitiendo:

—Los ciclos infinitos no son principios cosmogónicos, sino sus consecuencias matemáticas, para el desarrollo y planteo de las cuales se han dispuesto cerebros electrónicos especiales que corroboran su existencia, aunque sea imposible descifrarlas. Durante mil años, equipos de cosmólogos, matemáticos, astrónomos y demás especialistas han trabajado en esta teoría.

»La conclusión final, todavía no terminada, pero sí muy avanzada, y en consecuencia ya posible de entrever, fue planteada por mi mis… digo, por él doctor Evermann, que motivó la célebre expedición Haska, como ahora se pretende emprender otra vez.

»En realidad el fundamento de la teoría de los «ciclos infinitos» es viejísimo, pero la investigación y la experiencia la ha modificado mucho a través de los tiempos. Resumida y simplificada para que una mente no técnica la comprenda, viene a ser así, poco más o menos:

»El universo tiene, aproximadamente, una extensión esférica de un billón de años-luz de diámetro y es un gran cosmos formado de galaxias que gira sobre sí mismo y se traslada alrededor de otros universos análogos del mismo modo que lo hace un planeta alrededor de un sol.

«Antiguamente se creía, al iniciarse las cosmogonías, que no son otra cosa que el estudio de las teorías sobre la formación de los mundos, que la Tierra era el centro del Universo. La ciencia se encargó de demostrar que todo aquello era absurdo. La Tierra no era más que lo que todos sabemos: un planeta que se había formado en origen por corpúsculos condensados y recogidos de la materia dispersa en el espacio a causa del magnetismo de su masa y de la velocidad- tiempo de su energía.

«Miles de planetoides, meteoros y polvo cósmico fueron incrementando su masa al mismo tiempo que su órbita abierta se hacía elíptica y entraba dentro del campo magnético del Sol, el cual al mismo tiempo irradiaba calor en forma de partículas radiactivas y creaba en el mundo en formación, lo que hemos llamado «química-selectiva». Sabemos por otra parte que los cuerpos están formados de átomos que tienden a escapar, desprendiendo rayos rectos de gran potencia llamados «alfa», hiperbólicos, llamados «beta» y concéntricos llamados «gamma», y así se van transformando en otros cuerpos de propiedades distintas.

»Pues bien, todo esto creó la temperatura-ambiente y por

descomposición químico-atómica los sólidos energéticos se convirtieron en líquidos y gaseosos, creándose las atmósferas, uno de cuyos objetos era frenar, rozar y desintegrar los grandes cuerpos me- teóricos, llevándolos al suelo convertidos en polvo inofensivo.

»Todo esto se deduce al estudiar las órbitas de los mundos pequeños que son abiertas, para pasar de parabólica a hiperbólica, e elíptica y por último circular en espiral reduciéndose, a causa del aumento de masa debido a los cuerpos que recoge en su trayectoria, su aumento de fuerza magnética, causa de su estabilidad, etc.

»Pues bien, de todo lo expuesto se deduce que de igual modo que se forma un sistema alrededor de un sol como centro de magnetismo inestable, todos los soles, estrellas, nebulosas y hasta el corpúsculo más ínfimo, forma un universo… Y a su vez los universos forman sistemas orbitales alrededor de otros sistemas mayores, perdiéndose así en la cantidad infinita de «ene», que en matemáticas significa número indeterminado.

El estupor de Jan al escuchar todo esto no tenía fronteras. Era más inmenso aunque la explicación recibida y su única pregunta lógica fue:

—¿Y la expedición Haska pretende salir del Universo cosmogónico nuestro y penetrar en otro?

—Exactamente, viajando a velocidades abiertas supralumínicas. Lo que ignoro es si lo conseguirán, por que los espacios exteriores del universo son cada vez más vacíos. Además piensa que millones de universos forman a su vez lo que podríamos llamar otro universo más que gigantesco, cuya cifra de distancia es imposible enumerar, y que a su vez forma otro nuevo… ¡Así hasta «infinito más ene»!

La sorpresa de Jan era tanta que se quedó impasible y preguntó:

—Y los espacios exteriores vacíos, ¿qué significan para una astronave?

—Igual que entre sistemas solares tenemos vacíos antigravitacionales, entre las exorbitantes distancias de un universo a otro existe un vacío más absoluto, que no lo puede atravesar ni la luz. En él, cual tipo de astronave ejercerá una atracción tan pueril como la relación que tiene la mutua atracción de la Tierra, por ejemplo, y un gramo de cualquier materia.

Y fue aquí cuando Frobo, hablando por boca de Evermann se encogió de hombros y frunció los labios en una expresión harto elocuente.

—¿Es éste el origen del universo? ¿Es hasta aquí donde ha llegado la

ciencia?

—Hay otra parte, también muy elocuente que se llama de «condensación de materia». Los átomos sueltos de una estrella ocupan una extensión de millones de kilómetros, que al ser comprimidos por su atracción mutua aumentan de temperatura, lo que quiere decir que reduciéndose la estrella aumenta su radiación, según hemos podido descubrir por la intensidad de su luz.

«También sabemos por sondeos efectuados en la Galaxia que existen nubes de polvo cósmico acumulándose en campos electromagnéticos de carga electropositiva en los protones y electronegativa en los electrones de sus respectivos átomos. Pero la condensación llega un momento a ser inestable, debido a otra fuerza llamada «interactiva» que se manifiesta por medio de pequeños corpúsculos neutros que al desequilibrar la estabilidad de electrones y neutrones produce la explosión, dispersándose por el universo las partículas radioactivas que como fuente de energía llevan la luz y que ha sido empleada como acumuladores de energía cósmica…

Frobo dejó de hablar de súbito. Hasta él se habían interrumpido las modulaciones del cerebro de Evermann, pero Jan, que se hallaba perdido en un mar de átomos y partículas eléctricas, preguntó:

—¿Y de todo esto qué?

Frobo se vio obligado a continuar por iniciativa propia. Ignoraba qué le había sucedido a Evermann para dejar su explicación a medias.

—Nada… no creo que lo sepamos nunca… El origen del universo, quiero decir, porque leí en cierta ocasión que «aquello que se formó sin testigos no puede ser revelado».

Pero, en aquella misma ciudad de Idoa, a menos de diez kilómetros de donde se encontraban les dos jovinos camino del espaciodromo, un hombre había hallado solución a uno de los problemas más profundos del universo.

¡Evermann acababa de descubrir la culpabilidad de John Clarke!

La propia egolatría del ex jefe supremo y la obcecación de sus perturbadas y demoníacas facultades mentales le habían hecho cometer un tremendo desliz. ¡Porque la explicación que Frobo había recibido relativa a la «condensación de la materia» no la había pronunciado Evermann!

Clarke demostró así que poseía todavía el control de todos los seres del Universo…

CAPÍTULO VII

La rapidez de actuación de Evermann había sorprendido a John Clarke, quien reconocía ahora haberse equivocado al elegirlo como su «eventual sustituto», porque la moral del sabio astrofísico era demasiado recta y noble, al no prestarse al sucio manejo de sus aspiraciones ambiciosas.

Evermann había medio presentido el juego, había reconocido a Haska como Clarke y habíase prestado a sustituirle de un modo apático. El error de Clarke consistió en intervenir a Evermann después del «escrutinio técnico» en la cabina hermética del «archivo» de Idoa. Tal estado de lucidez había permitido a Evermann, despreocupado de su propia ciencia, entrever de un modo confuso la maniobra de que se le hacía objeto. No lo adivinó, sin duda, en el primer momento, pues Clarke, disponiendo del telecontrol, no se habría dejado sorprender.

Fueron frecuencias de sospecha muy insignificantes en el subconsciente del doctor y Clarke no pudo captarlas. Pero cuando Evermann tuvo en su poder la coraza del radiocontrol, sus sospechas crecieron, y por esta causa, presintiendo el juego del conspirador Kava y el ambicioso Clarke, hízose con el autoclave de éste, que guardaba el senado en Kraaf. Kava obedeció a regañadientes, pues no podía hacer otra cosa.

Y esto, naturalmente, debía descubrir a Clarke; como así fue, quien habiendo preparado el complot, disponía de equipos perfectos que contrarrestaban la eficacia de los registros «Zeta» que había cedido a Evermann.

Pero la maniobra del nuevo Jefe enfureció a Clarke y el primero en pagar fue Kava, víctima de su propia traición o de su miedo… ¡Y es que con frecuencia el doble juego resulta bastante peligroso!

Evermann ganó la partida otra vez al apoderarse del robot sin control actuando rápidamente. Con aquello quedaba John Clarke descubierto completamente, porque Tzinsky no tardaría en averiguar la procedencia. Aunque el ex jefe del Dominio Universal no veía ahora el modo de frenar la actividad peligrosa de Evermann.

Había presentido todas sus decisiones, incluso las órdenes que dio a su hijo Kra y a los dos jovianos de emprender un viaje preliminar de exploración al espacio-límite, con la orden de matar antes de ser muertos.

Su fecunda mente trabajó activamente y ya tenía una oportunidad casi milagrosa de hacerse otra vez con el dominio y deshacerse del escurridizo Evermann, cuando su estupidez le llevó a meter «baza», por así decir, en la intrascendente polémica de Evermann y Frobo. ¡La egolatría de pretender saber más que nadie le hizo proferir aquellas acusadoras palabras que fueron captadas por Evermann!

¡Y éste no las podía haber dicho, porque no estaba seguro que tal teoría fuese cierta! Y demostraba que Clarke poseía otro control. El mismo Evermann se lo dejó llevar, ignorándolo, en el portabultos que trajo consigo a Kraaf, procedente de la esfera del tiempo.

Cuando Evermann recurrió a él, en el mismo instante de morir Kava, Clarke fingió despertar, modulando impresiones artificiales que no sentía y que el doble control instalado podía evadir siempre sus pensamientos y conocer los de Evermann.

¡Una maniobra muy complicada que acababa de quedar descubierta por un necio comentario!

* * *

Evermann no se molestó en buscar a Clarke. Sabía que no conseguiría nada de él, porque aquello había declarado su intervención inmediata, y más, dado que Clarke había hecho matar a Kava. Por esto su primera decisión fue decretar, antes de que Clarke pudiera reaccionar, ¡la movilización general!

Pero las cosas no debían marchar bien en el senado de Kraaf. Evermann recibía interferencias de allá qué le impedían modular sus órdenes. Quizá Clarke los había inmunizado al telecontrol de Evermann.

«—¡Jan, Frobo, rápidos, traed un autobólido! —ordenó Evermann.

Los dos jovianos dieron media vuelta y se encaminaron al primer vehículo que encontraron a mano, que fue uno grande y rojo, perteneciente a un prestigioso biólogo de Idoa. En un abrir y cerrar de ojos estaban ante la casa de Evermann.

Eggy y Frere estaban allí, en la puerta, junto a su padre.

—En el lago gris al pie de las montañas Senar, al sur y junto a la orilla, espera una esfera de tiempo. Frere y Eggy deben penetrar en ella y volver al pasado. ¿Está todo dispuesto?

—¿A qué viene ese cambio de órdenes precipitadas, padre? —preguntó intranquilo su hijo menor.

—¡No hay tiempo que perder! No sé lo que puede ocurrir, pero llévatelos, Jan. ¡Por tu vida tienes que ponerlos a salvo!

Mientras tanto Evermann había estado haciendo algo que confiaba pudiera desorientar a Clarke durante unos momentos preciosos. Había invertido sus emisores invadiendo también de interferencias los radiocontroles. Confiaba que dada la distancia que había entre Idoa y Kraaf, pudiera ocultar, momentáneamente, las órdenes que daba al registro de Clark.

Y cuando Eggy y Frere, conducidos por Jan, desaparecieron hacia el espaciodromo, comprendió que había acertado en la drástica medida. Pues al equilibrar de nuevo la frecuencia y los moduladores de control, llegó a su mente la protesta de Clarke:

«— ¿Qué haces, Evermann? ¿Te has vuelto loco?

Evermann, sonriendo, inició en su mente una zarabanda de números deshilvanados y desconcertantes. Le convenía ganar tiempo mientras invertía de nuevo los emisores con más vigorosas interferencias. Al mismo tiempo cogió a Frobo del brazo y subió corriendo hasta su casa, donde aguardaba Kra Evermann poniéndose su equipo de vuelo espacial.

—¡No hay tiempo que perder! Se han precipitado los acontecimientos. Mis sospechas se han confirmado y hemos de movilizar al universo entero. Corramos a la plataforma del espacio… Se han de equipar todas las naves comerciales con bombas cósmicas. Daré orden de movilización general en el momento que Clarke no pueda reaccionar… ¡Nos está controlando también conectando en serie con los «Zetas» de la base de registro! ¡Vamos!

En el momento de remontarse al espacio la gran nave espacial del gobierno, cosa de media hora después, Evermann dio la orden de

movilización general.

«—Atención, Universo, os habla Evermann, el Jefe del Dominio. Escuchad todos: hemos de combatir contra un genio maléfico que amenaza nuestra constitución y seguridad…!

«—¡Calla, maldito seas, Evermann! —intervino al instante el control de Clarke—. ¿No comprendes que éste es el exterminio absoluto?… Tengo preparados un millón de robots en Kraaf; máquinas desintegradoras. ¡Ya sabes cuál es su poder! Las tenía situadas en un mundo inhabitado próximo a Kraaf y con ellas puedo asolar el Cosmos… ¡No seas loco, Evermann, todavía podemos llegar a un acuerdo!

Evermann le oía, pero sus frecuencias de control seguían pronunciando el decreto de guerra.

«—¡No nos podemos dejar intimidar por locas amenazas. Tenemos la fuerza, somos más y poseemos la técnica! —Y repitiendo algunas de las palabras de Clarke con doble intención, agregó también—: ¡A un millón de robots asesinos, enfrentaremos un «trillón de «seres» armados…! ¡Atención, mundos del Universo, concentrad todas vuestras naves hacia Kraaf, donde está el criminal que pretende llevarnos a una guerra!

Unos segundos después percibió Evermann una sacudida mental casi traumática. ¡Clarke, en su obcecación había hecho estallar los telecontroles de la base en la Tierra, desde donde a través del tiempo, «Zeta- uno» trasmitía el registro a Evermann! De este modo esperaba refrenar al nuevo jefe del Dominio, perjudicándose él también.

Frobo tuvo tiempo escaso de sostener a Evermann en sus brazos antes de caer al suelo.

—¡Rápido, un médico! —gritó.

Pero Evermann se recobró al instante. Miró como aturdido a Frobo y después sonrió débilmente.

—No… no es nada, amigo mío… Me sentaré —Evermann se tentó la cabeza y, vacilante, fue a sentarse en un reclinatorio de la nave. Un grupo de técnicos se congregó rápidamente a su lado—. ¡No es nada! ¡Gracias, amigos…! Es que Clarke ha hecho estallar los controles. ¡Y ahora todos somos libres!… ¡Libres!

Tanto Frobo como los demás miembros del Servicio Estratégico creyeron que Evermann se habría vuelto loco de repente. Pero su grito repercutió en todos los oídos y no en los cerebros, por primera vez en muchos años.

—Era algo que yo pensaba hacer cuando estuviera consolidado mi

mando —añadió Evermann al cabo de un instante, levantándose y cogiendo el brazo de Frobo—. ¡Pero lo ha hecho «Él»!… Ahora podremos combatirle y destruirle del todo… ¡Rápido, conducidme a una emisora; tengo que trasmitir muchas órdenes de palabra!

La espacionave surcaba ahora el cosmos frente a la gran antorcha ígnea de Betelgeuse, el faro del Universo, como decían los navegantes del espacio. Por grandes ventanas panorámicas sobre una escalera espiral, pudo ver Evermann el sereno paisaje estelar, al ascender seguido de Frobo y varios técnicos más, hacia la estación de mando de la nave espacial.

El comandante se puso al momento a las órdenes de Evermann, pues desde su puesto había captado el breve mensaje del Jefe Supremo y estaba dispuesto a obedecer hasta la muerte, si llegaba el caso.

Y de este modo, la potente emisora del navío se puso a funcionar rápidamente.

—¡Servicio de Información Público de Idoa, os habla Evermann! Conectad en el acto con todas las estaciones de radioemisión, telediarios, fonovisores públicos y privados, tengo que seguir dando instrucciones.

Uno por uno, en contestación a su llamada, fueron respondiendo todos los mundos habitados del Cosmos, Brasilia, Albar, Antarko, Lira, y mil más, exceptuando Kraaf, donde John Clarke estaba invadiendo las calles con cientos de miles de «robots» bélicos, y cuyos habitantes «seres» huían despavoridos hacia sus casas.

Las órdenes de Evermann se sucedieron con rapidez. Luego envió un mensaje especial cifrado al Comandante de Policía de Idoa en el que ordenaba trasladarse «¡personalmente!» a la mansión del profesor Mark y «hacerle preparar el encargo que le fue dado por Evermann», que debía ser accionado delante de su autoridad legal; cuando diera el aviso oportuno.

Este encargo misterioso no era otra cosa que la clave de control que Evermann exigió a Kava y que podría hacer desaparecer a Clarke en un segundo. ¡Porque el vesánico ex jefe llevaba la muerte en su mano de acero! Pero Evermann, consciente de su obligación y sagrado deber, no lo accionaría hasta hablar con Clarke. Desconocía lo que había ideado éste para contrarrestar tan peligrosa arma, y no quería exponerse a sorpresas.

La orden se cumplimentó. Mark y el Comandante de Policía se dirigieron al laboratorio de astrofísica, donde estaba guardada la caja

metálica y al poco ya tenían arrancados los precintos y abierta sobre una mesa del laboratorio.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó el policía.

Mark tampoco podía decirlo. Le habían dado instrucciones de guardarla allí. Ahora, cumpliendo el aviso de Evermann la preparó. Sólo era cuestión de seguir una indicación que había junto a un pulsador de bronce recubierto de grasa inalterable y que en antiguo inglés decía simplemente: «Push here» (Empujad aquí), y la misión estaría cumplida. ¡Pero el mensaje no decía de pulsarlo todavía, sino de prepararlo y esperar órdenes!

Un radioemisor con pantalla de flóculos visuales fue conectado y los dos hombres se sentaron frente a él a esperar los acontecimientos. De cuando en cuando el Comandante de Policía miraba de soslayo aquel extraño cajón negro y sentía un presentimiento que le hacía estremecer. El botón de bronce parecía obsesionarle.

Durante aquella espera sólo se recibió un mensaje de Evermann, a través del emisor.

—Mark, ¿me oyes? —preguntó Evermann a través del éter.

—Sí, Evermann. Dime.

—¿Lo tienes ya preparado?

—Sí, Hert, lo tengo dispuesto. El comandante de policía de Idoa está aquí conmigo. Espero.

—Muy bien, Mark… Te daré de paso una buena noticia, Frere y Eggy están a salvo. Me han comunicado por radiovisión que Jan logró situarlos dentro de la esfera al pie de los Montes Senar. Allí desaparecieron. ¡Si hubiesen tardado unos minutos más no los habría podido dirigir! Ahora sé que están seguros y pase lo que pase, ellos no sufrirán.

Mark hinchó el pecho y, después de lanzar un prolongado suspiro, repuso:

—Se lo comunicaré a mi esposa y a Loui, Hert. Están las dos en tu casa esperando.

—Muy bien, Mark.

* * *

Mientras tanto, Evermann llegaba con la primera espacionave a las proximidades de Kraaf. Su rostro se regocijó al ver acudir de las distintas latitudes del hemisferio estelar una ingente cantidad de navíos

espaciales, que despidiendo estelas luminosas trazaban surcos ígneos en la brillante negrura del espacio.

—¡Kra, prepárate que vas a descender!

—Muy bien, papá —respondió el intrépido joven, sin inmutarse.

—Enviaré un mensaje a Clarke pidiéndole una entrevista. Tú llevarás este registro fonovisor colgado del cuello, de modo que aquí podamos ver y oír vuestra conversación. No des cuartel a Clarke; le exiges la rendición sin condiciones, pero dale oportunidad de hablar. Quiero saber lo que piensa. Si no hubiera hecho estallar los controles habría tenido una charla con él en el último instante… ahora que Kraaf está rodeada por nuestros navíos de guerra. ¿Verdad que es impresionante?

Kra, Frobo, el comandante del navío y cuantos contemplaban a través de la pantalla visora el inmenso panorama del cielo, tuvieron que admitir que i a ingente masa de espacionaves congregadas alrededor de Kraaf era un espectáculo nunca visto.

Al cabo de un rato, cuando ya estaba todo el cielo materialmente cubierto, ordenó Evermann que los comandantes de todos los navíos se situaran en órbitas normales alrededor del vasto mundo rojo de Kraaf, luego envió un mensaje a Clarke.

—¡Atención Kraaf, aquí Evermann, Jefe del Dominio Universal! Quiero hablar con John Clarke.

Una estridente carcajada fue la primera respuesta que recibió Evermann. Todos cuantos la oyere® sintieron un escalofrío. ¡Era lo más demoníaco que habían oído jamás!

—¿Conque quieres hablar con John Clarke, verdad, Evermann? Muchos títulos te pones, e ignoras que el jefe del Dominio Universal soy yo… ¡Y lo he sido siempre! ¡Ja, ja, ja! ¡Voy a brindar a tu salud, futuro cadáver…!

—Escúchame, Clarke. ¿Qué pretendes?

—¿Por qué no bajas y te lo diré? Verás mi fuerza, te mostraré mi poder…

—Precisamente intentaba enviarte a mi hijo Kra: con él te entenderás mejor… ¡Creo que es un buen mensajero! —apuntó Evermann.

—¿Tienes miedo tú?… Bueno, que venga Kra; somos viejos amigos. Le enseñaré las posibilidades que tenéis de vencerme, que son nulas y las que tengo yo derrotaros… Te lo digo con sinceridad, Evermann, yo sólo pretendía la conquista del espacio límite.

—Sí, ya lo sé, a cosía de la vida de un millón de hombres… ¿No

sabes que Kava me dio tu clave de control? ¡La tengo preparada para accionarla, Clarke!

—¡Bueno… empuja aquel pulsador… Yo ya he vivido demasiado…! ¡Empújalo y veréis lo que vivís vosotros! Es mejor que nos pongamos de acuerdo… Te dejo el mando, Evermann, ahora que no hay controles tienes toda la fuerza en tus manos y yo puedo emprender esa expedición… Y si no vuelvo, mejor para ti… ¡De verdad te juro que no quiero mandar; sólo quiero descubrir el más allá, Evermann! ¿No te parece justo?

Evermann quedó silencioso pensando. Miró a los ojos de su hijo, a los de Frobo y luego a todos los demás. De todos cuantos miró el único expresivo fue Kra.

—¿Qué opinas, hijo mío? —preguntó con un hilo de voz.

—No sé, padre… Quizá sea una solución… Sé que Haska estaba loco por llegar al espacio límite…

Luego reinó el silencio más opresivo en la cabina de mando, de la espacionave. Todos miraban a Evermann, quien habría dado algo, incluso la vida, por saber qué pensaban aquellos hombres, pues la más aterradora indecisión se había apoderado de su espíritu.

Más, de pronto, reaccionó virilmente y se incorporó. No podía demorarse, pues millones de «seres» esperaban su decisión. Pero no podía, en justicia, llevar a la humanidad a una guerra.

—Escucha, Clarke; he cambiado de idea. ¡Haremos un pacto! Ahora envío a Kra y poneos de acuerdo —fue lo único que dijo.

La tensión pareció aflojarse, porque la decisión del Jefe era juiciosa. Antes de enfrentarse con Clarke y sus robots bélicos, valía la pena de conferenciar. Y en esto también estaba de acuerdo Clarke, al parecer, porque se le oyó decir.

—Muy bien, Evermann. Envía a Kra… Respondo por él.

* * *

En el momento de abrirse la compuerta de vacío, por la que saldría el pequeño navío auxiliar que debía llevar a Kra hasta Kraaf, se acercó un pequeño bólido-cohete procedente de un gran crucero cósmico que acababa de llegar de Idoa. Jan, desde su interior pidió entrada y cuando se las hubieron concedido y penetró en la plataforma interior, surgió el valiente joviano que saludó a todos cuantos había es la pasarela, al otro lado del muro de aceroglass.

Se sorprendió ver a Kra dispuesto para salir de viaje e indagó.

El mismo Kra, al saludarlo, le explicó la misión que debía cumplir. Pero el joviano se cogió de su brazo y dijo:

—¡Te acompañaré! No puedes ir solo…

—¡No, eso no! —intervino Frobo—. ¡Si vas tú tengo que ir yo también!

Pero Evermann, agradeciendo en lo más íntimo de su alma aquel ofrecimiento voluntario, no sólo aceptó el ofrecimiento de Jan, sino que dijo a Frobo:

—Sí, irá. Y tú también. Una misión parlamentaria de tres es mejor que la de uno solo. Los tres iréis provistos de armas atómicas y cámaras transmisoras de visión y sonido. Además de un arreglo con Clarke, quiero un documental completo del material que disponen ahí abajo… ¡Y sobre todo, vuestras vidas me responden de la de Kra!

Unos minutos después el pequeño cohete con los tres personajes se deslizaba desde la plataforma del navío espacial hacia el suelo de Kraaf, que se veía rojo allá abajo, a diez mil kilómetros de distancia.

Kra no sentía miedo, ni mucho menos, pero sí estaba algo nervioso. Se le había confiado una misión delicada y temía no resolverla en bien de todos. Y así se lo confió a Frobo y Jan.

—¡Bah, no te preocupes! —respondió éste último—. Tú confía en nosotros; lo de menos es quien hable… Y si es necesario, ¡pulverizaremos a ese sapo!

Al decir esto golpeó con la mano la funda del desintegrador que llevaba colgado a la cintura.

En aquel momento distinguieron con más precisión los contornos de la inmensa ciudad de Kraaf, y Frobo, que era el piloto del pequeño navío, dirigió el rumbo hacia el espaciodromo que veía a un lado de la ciudad. Observaron detenidamente, pero no captaron movimiento alguno. Parecía una ciudad solitaria, como si todos los seres hubieran sido tragados por el suelo.

Kra conectó su cámara y se la colgó al pecho. Frobo y Jan hicieron lo mismo, y para mayor precaución desenfundaron las armas desintegrantes, que empuñaron con mano firme.

Después de evolucionar unos minutos sobre el espaciodromo, Frobo decidió tomar suelo. Así el navío se deslizó por uno de los canales centrales de la pista 1 Sin decir una sola palabra los tres hombres se irguieron, disponiéndose a salir. Miraron en todas direcciones, pero no se veía a nadie y un silencio sepulcral se extendía sobre la extensa

plataforma, en otras ocasiones tan llena de vida. Al fin abrió Jan la compuerta y salió; detrás lo hizo Kra y por último Frobo. También sin decir nada, fue el hijo de Evermann quien se dirigió hacia la gran escalinata de acero que había al fondo de la pista, a la izquierda de la solitaria torre de observación.

Desde el gran navío estelar, allá en el espacio, Evermann escudriñaba la imagen perfecta que le transmitían conjuntamente los tres valientes emisarios. Su corazón de padre latía desacompasadamente y en el impresiónate silencio de la cabina de mando, temía que alguien pudiera percibir los latidos de su corazón.

De los altavoces situados detrás de la pantalla visora no llegaba ningún sonido, porque los tres jóvenes parlamentarios no pronunciaban ni una palabra y a su alrededor el silencio se extendía hasta la ciudad, que parecía muerta.

«¿Qué sucederá ahora?», se preguntaba Evermann angustiado.

En aquel momento uno de los hombres del servicio técnico estratégico le tocó el hombro. Evermann dio un respingo sobresaltado.

—¿Qué sucede? —preguntó palideciendo.

—Un mensaje de Idoa, señor. Lo hemos conectado a la salita, porque dicen que es urgente y secreto…. Es allí, en la puerta número doce.

—Muy bien —suspiró Evermann. Y volviéndose a la pantalla en la que veía a su hijo enfocado por las cámaras de los dos generales joviales caminar por la pista de Kraaf, ordenó:

—¡Kra, Jan, Frobo…! ¡No vayáis aprisa; os estoy viendo, pero regreso en seguida!

La voz de Kra llegó por vez primera hasta el fonovisor:

—Muy bien, padre… ¿Te das cuenta lo silencioso que está esto?

Evermann se encaminó a la cabina indicada, pero antes dijo al comandante del navío que esperaba órdenes a su lado:

—Si ocurre algo, avíseme al instante.

Penetró después en la cabina, cerró la puerta y se ajustó el casco de sonido. Al momento por el servicio de Información de Idoa, en la voz de un conocido locutor de radiovisión, oyó decir:

—¿El señor Evermann?… Un mensaje urgente de nuestra cadena privada de comunicaciones. Le pongo con el profesor Tzinsky. Hablen.

La voz, un tanto agitada, del sabio electrónico, llegó a oídos de Evermann.

—¡Oiga, Evermann, he descubierto algo catastrófico…! Ordene que retrocedan todos inmediatamente, márchense de las proximidades de

Kraaf…

—Bueno, ¿qué ocurre, Tzinsky?

—¡El robot que usted me trajo…! ¡Di con el secreto! ¡Es terrible, señor Evermann! Moriremos todos en la guerra más cruenta que habrá conocido el universo… Esos robots son perfectos, señor… ¿Es cierto que Clarke dispone de millones de ellos?

—Eso dice… ¡Pero acabe de una vez, Tzinsky! —gritó Evermann exasperado—. ¿Qué es lo que ha descubierto?

—Escuche —prosiguió la tensa voz del sabio de origen soviético, hablando de un modo convulso y agitado—. Estos robots tienen raciocinio, piensan. ¡Y de un modo más perfecto que usted y que yo! Además poseen un conocimiento tan superior al «ser» común que su propagación por el universo sería la esclavitud de los humanos. Son algo perfectísimo porque… ¡Ellos mismos se reconstruyen por un sistema análogo al de las células reproductivas de fotorregistro sintético! Esto quiere decir que facilitándoles material adecuado, ellos mismos se hacen y se reparan. ¡Son los robots del mañana, los señores del universo, con disposición para subsistir en cualquier ambiente… incluso en otros universos!

«Además, lo más peligroso es que disponen de baterías de poderosas cargas cósmicas mil veces más potentes que las conocidas. ¡Como máquinas bélicas, deben ser más destructivas que los más potentes cañones atómicos! Y esta fuerza, en forma de rayos de luz desintegradora se distribuye por todo el cuerpo; surge de entre los tentáculos de las manos, del llamado cuerpo y por encima… ¡Algo maravilloso de técnica, pero horrible como adversario, señor Evermann!

El jefe del Dominio le escuchó en silencio. La cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse en el muro para no caer, de lo desalentado que estaba.

CAPÍTULO VIII

El primero que se dio cuenta fue Frobo, cuya vista se dirigía a un lado de la pasarela que conducía a la ciudad, le sucedió exactamente igual que a Evermann la noche anterior. Creyó que aquellos objetos inmóviles eran postes situados allí con algún objeto.

Fue preciso avanzar unos cuantos metros para darse cuenta que aquellos postes estaban simétricamente en fila y que algunos se movían imperceptiblemente. ¡Robots! Y del mismo tipo del que capturó Evermann destruyéndolo.

Pero la fila era interminable. Se perdía hacia la ciudad como un ejército metálico de soldados sin cabeza.

Tenían los brazos adosados al cuerpo, rígidos, y los sustentadores o piernas, engarfiadas al suelo. De una mano pendía un brillante tubo metálico, no mayor de una pulgada de diámetro.

—¿Reconoces eso, Jan? —preguntó Frobo con voz trémula.

—¡Eh… Dios del cielo, si son…!

—¿Qué ocurre? —preguntó Kra Evermann que todavía no se había dado cuenta.

—¡Robots! ¡El millón de robots bélicos que citó Clarke! —exclamó Frobo excitado, señalando la larga fila.

A través de los auriculares llegaron las instrucciones desde el navío espacial de Evermann. Eran órdenes breves, pero tajantes.

—¡Rápidos, a ver a Clarke! —Quien hablaba era Evermann.

Y los tres hombres siguieron adelante caminando sobre la cinta metálica que hacía de vía para el tráfico hacia la ciudad. Al llegar a la

altura del primer robot, vieron como éste se movía girando torpemente sobre sí mismo y se dirigía hacia ellos. Sin saber de dónde procedía, los tres emisarios pudieron escuchar una voz, que quizá modulaba algún registro del robot y que con el acento de Clarke decía:

—Seguid derechos junto a la fila de máquinas… Y no se os ocurra emplear las armas o moriréis al momento. Será mejor que Jan y Frobo guarden sus juguetes. Cualquiera de los «chicos» podría molestarse por la provocación y dispararos rayos ultradestructivos.

Ninguno de los tres hombres replicó. Pero desde el espacio llegó hasta ellos la voz trémula de Evermann que decía:

—¡Obedeced!

La fila de robots llegaba hasta el mismo edificio del Senado. Al cabo de media hora, a buen paso, de recorrer la larga cinta, Jan, Frobo y Kra se encontraron delante de la impresionante arquitectura de la sede del Gobierno. Frobo había contado más de tres mil robots en fila, pero vio otros que se bifurcaban por distintas arterias ocupando todas las vías de la ciudad. Vio también muchos de aquellos extraños artefactos, sobre todo en ciertos sectores de la urbe, en manos de los robots, apuntando con ellos hacia las casas, en las que en algunas descubrió rostros humanos ocultándose.

Del grupo de robots que había ante el atrio se destacó uno de ellos y sus células ocultas hablaron a los tres «seres».

—Entrad, hombres. El Gran Cerebro os aguarda en su trono.

Jan arrugó el ceño. Había enfundado su desintegrante hacía rato, pero el objeto que vio entre los tentáculos del robot no le pareció nada halagüeño, porque les estaba apuntando a los tres. Adivinó en ello una terrible arma mortífera que desconocía.

Cuando después de atravesar varias enormes salas vacías llegaron al hemiciclo de Sesiones, su asombro se desbordó: ¡Allí estaba reunido todo el senado! Dos mil hombres inquietos tenían detrás de sí otros tantos robots con las armas apuntándoles a las cabezas.

Y arriba, en la plataforma, donde se hallaba la mesa del difunto senador Kava, inclinado hacia adelante mirando a los recién llegados con satisfecha sonrisa estaba John Clarke, cuya voz atronó el lugar al decir:

—Me alegro de verte, Kra… y a vosotros también. Veo que lleváis cámaras para que el usurpador pueda presenciar la escena… Dad pues una vuelta en derredor y que contemple lo que os rodea.

Los tres obedecieron, porque así servían los intereses de Evermann y

luego miraron otra vez a Clarke. Todos los senadores habían bajado la mirada para que los emisarios no vieran sus ojos.

—Voy a deciros una cosa —prosiguió Clarke—. Os he dejado venir porque me vais a ser útiles… ¡Y de principio os digo que no estoy dispuesto a pactar con vosotros…! ¿Me oyes bien, Evermann…? Soy el dueño de la situación y aquí dicto yo las leyes. Ahora mismo, el senado va a nombrarme otra vez, «oficialmente», Jefe Supremo del Universo y va a decretarse tu destitución… ¿Verdad que sí, señores…? No quiero guerra, ya os lo he dicho, pero si me provocáis, mis robots dispararán sus armas contra vuestras naves y las abatirán… Aunque no quiero mancharme las manos de sangre inútilmente.

Clarke o Haska, hizo una pausa y se levantó, cruzándose de brazos majestuosamente. De verdad tema un aspecto imponente, arrogante, allá arriba, ataviado con una capa de acero azul celeste y cubierta la cabeza con un casco transparente. Su coraza —una nueva bruñida y con varios ciclotrones— despedía destellos rojizos al ser herida por el sol de Kraaf, que se filtraba por los altos ventanales panorámicos.

—¿Tenéis algo que objetar? —preguntó más suave.

—Sí —dijo Kra, avanzando algunos pasos—. Hemos venido aquí como emisarios. Mi padre te ordena que te entregues y te hará justicia… No pretendas que te odien las razas del Universo. Has sometido a la ciudad de Kraaf por la fuerza, valiéndote de un complot que tenías preparado antes de que tú mismo entregaras el mando voluntariamente. ¿Por qué lo hiciste? ¿Para poder emprender tu expedición al universo exterior? Pues bien, ¿qué esperas? Se te darán facilidades, conquistarás esa gloria que tanto ambicionas, y luego, si consigues el éxito, podrás optar por el mando otra vez, que puede ser te sea concedido, siempre que jures ser noble y justo, amén de defender los intereses de todos los mundos del universo. Y si no aceptas…

La carcajada que lanzó Clarke atronó el inmenso hemiciclo. Como si estuviera sacudido por un súbito ataque de hilaridad, se abalanzó escaleras abajo en dirección a donde estaban los tres emisarios. Pero a medio camino se detuvo y con el rostro desencajado gritó:

—¡No, Evermann; no jugarás conmigo! Sé que tienes mi clave dispuesta para destruirme, pero no lo conseguirás… ¡No quiero pactar contigo ni con nadie!… ¡Soy el amo, el inmortal!

Su ulterior grito casi fue un alarido infrahumano. El hombre que había vivido tantos años pareció volverse loco. De un salto subió los escalones de acero brillante, luego se volvió rugiendo:

—¡Soy un inútil…, he fracasado! ¡Venga, votad todos! ¡Quiero que el Senado me nombre ahora mismo jefe supremo, para que cuando ordene destruiros a todos, por rebeldes, me ampare en el escudo de la ley…! ¡Ja, ja, ja, Evermann!… ¡Destrúyeme!…. Te diré cuál es mi juego… Ya has visto, ¿no? ¡Mi ejército es un millón de robots bélicos y además tengo una sorpresa! Aquella clave que te entregó el infame Kava está en conexión con los grandes mundos radiactivos del universo; posee un contacto diabólico con el que me vengaré de todos vosotros en caso que tenga de morir. Ea el momento que yo muera el universo entero se convertirá en un volcán de fuego radiactivado, todos los grandes soles se descuajarán, sacudidos por mi gigantesca venganza y vuestros navíos, vuestras ciudades, vuestros planetas y satélites serán arrojados al mayor espasmo catastrófico que puede concebir imaginación alguna… ¡Ya lo verás, Evermann, y todos cuantos me estáis escuchando! ¡Venga, conecta aquella caja negra! ¡Conéctalaaaa!… —Este grito fue casi un alarido demoníaco—. No sé dónde la tienes, pero es igual… ¡Si eres un jefe supremo, como dices, cumple con tu obligación y destrúyeme, que un trillón de seres irán dándome escolta hasta el infierno! ¡Se acabará la humanidad, no escapará ni un germen de laboratorio, ni una célula viva! ¡Millones de grados de calor desintegrarán hasta la última molécula y su radio de expansión será infinito! ¡Se propagará el cataclismo al cosmos y todos estaréis dentro, hirviendo como insectos dañinos…! ¡Venga, Evermann; empuja esa palanca!

* * *

Evermann quería ser justo y ecuánime. Decisión de tanta envergadura como la de emprender una guerra en la que perecerían miles de seres inocentes requería la aceptación y el acuerdo colectivo. En otras circunstancias el Senado habría tomado el acuerdo, pero a la sazón no disponía siquiera ni de los controles remotos, por haber sido destruidos por Clarke, y no sabía qué opinaban los mundos de aquel dilema. Él, personalmente, habría dado orden de atacar Kraaf y destruir a Clarke y todos sus robots, pero presentía que morirían muchos «seres».

Por esta causa, creyéndolo de justicia y para que nadie ignorase los motivos que podría tener su decisión, había ordenado se conectaran a la cadena de emisoras informativas del Universo todo cuanto se estaba proyectando en las pantallas de televisión, retransmitido por Kra, y los dos jovianos.

Así, después de recibir el mensaje secreto de Tzinsky, hizo cumplir esta orden. Y a los pocos minutos en todos los ámbitos del cosmos habitado, el público de todas las razas, pudo presenciar en las pantallas públicas y fonovisores particulares, lo que estaba sucediendo en Kraaf.

De este modo todos pudieron escuchar el aterrador arrebato de Clarke, reproyectado en la doble cadena de los tres emisarios.

Como la luz se extendió el conocimiento de la demencia de Clarke, y Evermann autorizó la inmediata divulgación simultánea de quién era aquel loco y cuál había sido su vida, extendiéndose la información biográfica al origen de la célebre Guerra del Cosmos, y la archiconocida Ley del mismo nombre, motivada por él.

La excitación que esto ocasionó fue unánime. El universo entero gritó la muerte del tirano bajo cuyo control habían estado sometidos tantos años. Fue una sabía política de Evermann, astuta pero justa.

Incluso, el comandante del navío espacial donde estaba Evermann manifestó a éste su opinión:

—Señor Evermann, muy poco peso tiene mi voto, pero yo en su lugar ordenaría el ataque inmediato… ¡Ese hombre es un loco homicida!

—Lo sé, comandante… Y gracias por su opinión; pero no puedo jugar con la vida de un trillón de «seres». ¡Que sea la voluntad de todos y por encima… la voluntad de Dios!

Mientras tanto en el hemiciclo del senado de Kraaf estaba sucediendo algo que iba a ser definitivo. Clarke se había situado sobre la plataforma del presidente asesinado y con los ojos despidiendo llamas gritaba:

—Senadores… ¡quiero ese nombramiento! ¡Ahora mismo!

Pero nadie se movió ni dijo nada. Aquellos hombres estaban aterrados. Intuían que todos los habitantes del cosmos estaban pendientes de ellos y el cumplimiento del deber era sagrado. De momento, callar ante aquel loco… ¡Pero, antes de acceder, si era preciso, se dejarían matar! Todos ellos, como de común acuerdo, confiaban que serían vengados.

Más de pronto intervino Jan, quien avanzando unos pasos y situándose junto al inmutable Kra Evermann, gritó:

—Pero ¿acaso no lo ves, Clarke? ¡Estos hombres no te obedecerán! ¡No te has puesto a razones, no atiendes más que a tu juicio perturbado y no comprendes que no puedes imponer tu fuerza injusta sobre los demás!… ¡Sobre tantos millones de seres! ¡Todos queremos justicia, no

amenazas! Éstos, como yo, están dispuestos a morir si es preciso para que se respete la ley, sin la cual no podríamos vivir. Y no queremos ver otra vez el Universo ensangrentado por tus ambiciones. Tienes muchos años, eres mucho más inteligente que entonces, Clarke, pero sabes mejor que nadie lo que…

La ira demoníaca de Clarke se desató al comprender lo que Jan iba a decir. Su rostro pareció descomponerse livideciendo. Ya al mismo tiempo que se mordía los labios con furia incontenida, pulsó uno de los conmutadores de su coraza metálica. ¡Y la muerte segó el enérgico discurso de Jan!

Aquel nuevo crimen encendió la ira del universo entero. En otras circunstancias Jan habría muerto valientemente, sin abrir la boca siquiera, pero en el postrer destello de su mente, creyó conveniente que todos los «seres» del universo supieran su holocausto y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones, con la entereza de un héroe:

—¡Venganza! —Al caer al suelo ya estaba muerto.

Pero el clamor que se levantó de un trillón de gargantas, ensordeciendo pueblos y ciudades, al contemplar aquel horrible asesinato, fue patente:

—*¡Guerra, Evermann!*

* * *

No obstante, todavía vacilaron los labios de Evermann antes de pronunciar la orden fatídica. Pero los mensajes empezaron a llegar tumultuosamente procedentes de todas las urbes del cosmos. Uno muy elocuente, del hombre quizá más pacífico de todo el Universo, decía así:

«Extermínelo, Evermann. Se lo pido yo, quien más odia la guerra, y tal es la opinión de todos los seres de Idoa. El público en las calles está frenético pidiendo la vida de John Clarke, quien por otra parte, ateniéndose al derecho histórico de los pueblos, no tiene razón de existir.

Firmado: Paul Harris, profesor de Historia.»

Cientos de ellos análogos, tal vez de autoridades más competentes que Mr. Harris, se recibieron desde Albar, de Brasilia, de Antarko, de mil lugares más, de todos los confines del Universo. Pero Evermann todavía dudaba. Parecía presentir la inminente catástrofe… ¿Y si John

Clarke no mentía? ¿Y si era cierto que su autoclave, aquella que estaba ahora en manos de Mark contenía algún poderoso reactor-excitador de campos radiactivos infinitamente grandes?…

Recientemente había oído al propio Clarke algo sobre la estabilidad de los electrones y protones que formaban la materia… Fue en el momento en que Clarke se descubrió a sí mismo, interviniendo en su charla con Frobo… ¿No podría ser verdad? ¿No podía Clarke, durante tantísimos años de estudios, haber descubierto algo cataclíptico? ¿Valía la pena correr aquel riesgo?

Y Evermann vacilaba. Pero ante él se seguía proyectando el espectáculo de lo que sucedía en Kraaf. Y de pronto…

Todos vieron a Frobo llevarse la mano velozmente a la funda del desintegrador. Kra Evermann hizo otro tanto, porque ambos no pudieron contenerse ante, la muerte injustificada de Jan.

Pero el rayo cósmico de Clarke siguió funcionando, segándolos a los dos como cortados por una invisible y mitológica guadaña.

Algunos senadores se pusieron de pie al mismo instante gritando:

— ¡Evermann, justicia, vénganos…!

De dos mil armas desintegradoras brotó la muerte y la destrucción al mismo instante, surgiendo de otras tantas bocas metálicas. Los robots de Clarke actuaron bajo los efectos de una «orden-reflejo» de su diabólico jefe. El múltiple grito de agonía atronó por todos los confines de la Sede del Gobierno… ¡Pero también se transmitió al espacio, recogido por las cámaras de sonido y visión de tres cadáveres que pedían justicia inmediata!

Evermann dejó de ver la escena. Sus ojos se cerraron al ver caer a su hijo y de su garganta se escapó un sollozo ahogado. Los altavoces parecían haberse vuelto locos también, aullando en todos los tonos, pidiendo la decisión de guerra a Evermann.

No obstante algunos comandantes de naves espaciales, sin aguardar más y por su propia cuenta, empezaron a lanzar granadas atómicas al vacío, orientadas hacia la ciudad de Kraaf.

Y por fin, Evermann, casi con un rugido, gritó:

— ¡Al ataque…! ¡Mark, ha llegado el momento… dispara!

El silencio más completo siguió a estas palabras.

* * *

Mark se puso en pie. Veía a Evermann reflejado en la pantalla con

los ojos cerrados y la mano extendida en el gesto elocuente de la desesperación. Tanto Mark como el comandante de policía que estaba a su lado habían palidecido. Pero la orden de Evermann debía ser obedecida en el acto. Estaban ciertos que las naves espaciales que gravitaban sobre Kraaf arrojaban ya sus bombas atómicas.

—¡Vamos, señor Mark! —apremió el comandante de policía—. ¡Tiene usted que pulsar ese contacto…!

—Sí… sí, ya sé.

Pero por su mente, así como la del oficial gubernamental, estaba recordando las palabras pronunciadas por John Clarke… Y sus dudas eran las mismas que poco antes tuviera Evermann. ¿Era cierto? ¿Sería la hecatombe, el cataclismo mayor de todos los tiempos?… ¿Sería el fin del Universo?

Cuando Evermann vio que las astronaves empezaban a estallar en el espacio, saltando en mil pedazos, a causa de los impactos de un millón de rayos que enviaban desde Kraaf aquellas diabólicas máquinas, gritó estentóreamente.

—Mark, ¿no me oyes? ¡Mátale!

¡Y Mark se lanzó a la autoclave! Cuando su mano se aplastó sobre el pulsador de bronce engrasado ya no temblaba. Sólo sus labios murmuraron una plegaria…

* * *

Durante una décima de segundo, sintió Clarke la muerte eléctrica recorrer su brazo, desde su mano de acero al contacto de su cerebro. No tuvo tiempo de reflexionar siquiera. Su gritó quedó apagado por el estruendo de las explosiones, pero cabe suponer, dado su genio infernal, que gritase después de muerto:

«—¡Ay, Evermann, insensato! ¡El fin del universo! Su cuerpo había sido sacudido por una espantosa convulsión y rodó por las escaleras, desde la plataforma del presidente senatorial, hasta quedar inmóvil junto a los cuerpos de los tres valientes emisarios que habían ofrendado su vida en pro de la humanidad.

Pero entonces sucedió algo sorprendente. Todos los robots que disparaban sus rayos destructores hacia el espacio infinito, se detuvieron simultáneamente. Sus privilegiados cerebros, mucho más perfectos que los de un «ser» corriente, captaron el inminente peligro… ¡Pero ya no tenían salvación!

El trueno lejano se fue acrecentando hasta convertirse en estruendo y llegó a las proximidades de Kraaf escasos segundos después de la muerte trágica de Clarke. ¡Pero era algo más que un trueno! ¡Era la desintegración en cadena de toda la materia y energía acumuladas en el Universo!… Era el estallido fragoroso de una explosión centelleante… Era el cataclismo de todo el Universo entero, extendiendo su fuerza expansiva con cientos de millones de toneladas métricas de energía desencadenada… Era una roja llamarada que surgió allá en los confines del cosmos, como el reventar de una fabulosa flor de sangre y fuego…

¡Era la fin del cosmos, la Apocalipsis escrita en la historia desde el comienzo de los siglos!… ¡Era la ira de Dios desencadenada!

El gigantesco mundo de Kraaf se abrió como una insignificante nuez aplastada por una enorme prensa y sus restos fueron esparcidos al abismo a velocidades meteóricas. Todas las naves que poco antes surcaban el espacio interestelar fueron aplastadas y desintegradas, fundidas en un horno hiperimaginario de millones de grados de calor.

¡El Cosmos, con un billón de años luz de extensión, se convirtió en una bola de fuego radiactivo! Se sucedían olas fragorosas cada vez más potentes, más ingentes, más horribles, de una potencia y tonalidad incapaz de ser descrita… ¡Oleadas de calor, tan potentes, que parecían haber convertido el universo en un suprafantástico sol!

De Kraaf a Idoa, distancia que un bólido espacial recorría a la velocidad hiperlumínica de algunos millones de kilómetros por segundo, y empleaba dos horas y media, la fabulosa ola de fuego tardó escasamente diez minutos. Pero cuando alcanzó el prestigioso mundo de la ciencia, honra y orgullo de todas las civilizaciones, ya había sido desintegrado en trillones de pedazos, arrasado, desencajado, destruido y convertido en partículas y átomos desquiciados que se esparcían torturados por todos los ámbitos multidimensionales.

Pero el fuego y el atronador estallido seguía subiendo, creciendo, volviéndose de rojo en blanco cegador, blanco incandescente, fundiendo desde los más sólidos metales hasta el microbio o la bacteria más insignificante.

¡Fuego…, fuego purificador, fuego dantesco!… Diez minutos después de la muerte del vesánico Clarke, que había dejado de ser inmortal, ya no le sobrevivía nadie de aquel trillón de seres…

Pero las oleadas de fuego seguían y seguían, venían de allá, donde tenía su órbita la gran estrella Polar que había sido norte y guía de muchas generaciones de navegantes intrépidos… ¡De allí les venía a su

descendencia la más espantosa hecatombe que mente demoníaca alguna pudo concebir en un arrebato de vesanía multihomicida…

Algún tiempo después el fuego se extinguió. En su lugar cubría el Universo una compacta y densa humareda, pero todo estaba desolado, no giraban los mundos, todos habían muerto… ¡John Clarke había cumplido su amenaza!

EPÍLOGO

En primer lugar, descendió Frere Evermann de la esfera de cristal. Detrás de él, temerosa y maravillada al mismo tiempo, lo hizo Eggy, y al sentir el suave hormigueo de las olas en sus delicados pies calzados con livianas sandalias, se abrazó a su novio.

—¡Frere… es agua! ¡Qué bonito es todo esto!

El extenso mar azul, la playa solitaria, los rocosos acantilados y el verde boscaje detrás de las rocas formaba un paisaje un paisaje jamás visto por los dos jóvenes.

La suave tersura del océano se extendía millas y millas, hasta perderse allá lejísimos, en aquellos confines dorados por los que estaba asomando un Sol grande de oro y naranja, indicio de un nuevo día… ¡Y para ellos de una maravillosa vida de ensueño!

No se dieron cuenta que la esfera del tiempo había desaparecido como tragada por las aguas. ¡Ahora ya no existía un cerebro control que la pudiera rescatar otra vez!

La pareja, no obstante, no se sorprendió. Caminaron con las manos unidas sobre la suave y blanca arenilla virgen de la playa. Eggy volvía el rostro y contemplaba fascinada las huellas de sus pies diminutos, que veía perfiladas, profundas. Luego venía una ola transparente, con crestas de espuma blanca y las rellenaba de agua, redondeaba su perfil, las difuminaba y las hacía desaparecer… ¡Era un juego mágico!

—¿Has visto, Frere, cómo se borran los pasos en el suelo? Lo hace el agua… ¡Qué maravilloso es todo esto, amor mío! ¡Y parece mentira que el agua tenga tantos colores… ¡Ves, allá lejos, es azul cobalto brillante,

luego esmeralda, turquesa y aquí es blanca y transparente, como el cristal precioso…!

Frere también contemplaba aquel nuevo mundo de belleza. Para él era grande y vacío solamente. Por un momento sintió añoranza de Idoa, su ciudad técnica. ¿Qué estaría sucediendo allí? ¿Cuándo le mandaría aviso su padre de que podían volver? ¿Y por qué les había hecho partir?

Mientras tanto se dedicó a divertirse con Eggy, porque ambos eran jóvenes y risueños. Juntos fueron perdiendo el temor a la soledad, juntos treparon los acantilados como dos niños y juntos penetraron en los majestuosos, exóticos y silenciosos bosques. Todavía no existían animales en aquel vergel, aunque los frutos abundaban en algunos árboles.

Y en estas correrías, jugando, retozando y besándose con frecuencia llegaron hasta un claro del bosque donde hallaron las ruinas oxidadas y retorcidas de lo que quizá habría sido un edificio que Frere reconoció como acero… ¡Pero muy oxidado! Tanto, que al tocar algunos restos se desmenuzó en sus manos, convirtiéndose en tenue polvillo de óxido férrico.

— Debe hacer muchos años que desapareció esto… Tal vez sea la mansión de que habló papá, pero… ¿Y el jardín, y los hombres-máquinas y la grandiosidad de que nos habló?

Eggy tampoco podía responder. ¡Ninguno de los dos jóvenes lo sabría jamás! ¡Como tampoco sabrían lo que había sido de los suyos!

Lo cierto era que Evermann —¡O alguien que estaba por encima de él!— dispuso las cosas de un modo sabio y justo. Y presintiendo que si los dos jóvenes debían salvarse en el pasado no debían conocer los secretos de la ciencia de Clarke, se les envió a otra época…

Durante los primeros días, tanto era el entusiasmo de los dos jóvenes, recorrieron rincones y parajes de ensueño que les hizo olvidarse incluso el alimentarse. Luego la necesidad les obligó y recurrieron a los frutos silvestres que crecían en profusión por distintos árboles y arbustos.

¡Y siguieron vagando, siempre errantes, con las manos enlajadas!

El clima era agradable, primavera. Luego llegó el calor, después el viento y las lluvias y por fin el frío y las nieves. Aquel mundo estaba regulado así para estimular el crecimiento. Pero los cambios de clima obligaron a Frere y Eggy a guarecerse, a proteger sus cuerpos del viento helado, confeccionándose prendas de fibra vegetal, gracias a la maestría de la mano de Eggy, quien no obstante las obligaciones que se imponía

para subsistir, disfrutaba lo mismo en verano que en invierno. Durante el buen tiempo nadaba y se revolcaba voluptuosamente en las suaves y cristalinas aguas y durante las heladas se deslizaba, riendo siempre, sobre el hielo.

Al cabo de algunos años ya disponían de su propia casita de madera, de utensilios y herramientas y de su hogar con fuego siempre encendido y alegre. ¡Y por fin vino mi hermoso niñito que completó la felicidad de la solitaria pareja!

Comprendió Frere que su hijo era una bendición en aquella soledad, y en años sucesivos, nuevos retoños empezaron a revolotear alrededor de la feliz pareja, llenando de risas y alegría el valle donde moraban.

Pasado el tiempo, cubiertas todas las necesidades, los hijos crecidos y sanos, en una de aquellas maravillosas noches cuajadas de estrellas refulgentes, cuando la brisa era una suave caricia procedente de los árboles de la colina, sentados a la puerta de la cabaña, dijo Eggy:

—¿Te acuerdas todavía de Idoa, Frere, cariño mío?

El hombre, ya sereno y tranquilo, rememoró el pasado en su mente y al cabo de un intervalo repuso:

—Sí, querida… Pienso en lo que puede suceder en los años venideros… ¡Porque mi padre no se ha olvidado de nosotros! ¡Sé que serán destruidos!

¡Frere hablaba del mañana!

Y es que en la historia de los siglos el futuro es igual al mañana. Son eslabones de una cadena que se van desprendiendo, a la vez que se forjan de nuevo, confundido el principio con el fin.

—Pues a mí sólo me importa que seamos felices nosotros y nuestros hijos —respondió egoísta Eggy con un susurro que el suave céfiro arrastró lejos, hacia aquel mar melódico.

¡Pero Eggy no era, en realidad, egoísta; ni ella misma sabía lo que era! Y esto es debido a que el tiempo también es una ilusión…

FIN